

SERVICIO SECRETO

LA MUERTE SIGUE MIS HUELLAS

burton hare



LA MUERTE SIGUE MIS HUELLAS


GEORGE
ELSIE

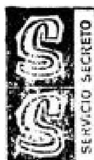


BURTON HARE

LA MUERTE SIGUE MIS HUELLAS

C. SERVICIO SECRETO n.º 803
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 27400 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: diciembre 1965

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 7.111/65

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:
187. Para nosotros, muerte.

En Colección SERVICIO SECRETO:
800. La negra noche del miedo.

En Colección ARCHIVO SECRETO:
89. Las tinieblas del crimen.

CAPÍTULO PRIMERO

El teniente se levantó del sillón y alargó su mano. Se la estreché y él dijo:

—Celebro que estés de vuelta, George. Quizá esas vacaciones te hayan servido para sentar la cabeza en su lugar.

—Seguro. Deberías hacer un viajecito como ese alguna vez, Erny...

—Tal vez siga tu consejo. Esos países sudamericanos me encantan, aunque solo los conozca por referencias.

—En mi vida había gozado tanto —dije, recordando fugazmente los días pasados—. No será la última vez que vaya...

Se dirigió a la puerta y antes de abandonar mi despacho me sonrió, comentando:

—Su único defecto son las revoluciones, amigo. Hay que aprovechar entre jaleo y jaleo para visitarlos... Bueno, adiós, George, y no te metas en líos.

—Nunca me meto en líos —aseguré—. Son los líos quienes me buscan a mí.

Se echó a reír, salió, y su risa se extinguió en el pasillo cuando cerró la puerta.

Empujé el sillón hacia atrás, coloqué los pies sobre la mesa y encendí un cigarrillo. Dejé que los recuerdos se adueñaran de mi mente con placer. ¡Qué días los de mis vacaciones! Realmente, aquella gente, incluso con sus defectos, sabían vivir. Música, mujeres encantadoras, tipismo...

Entonces, alguien llamó a la puerta y la abrió sin esperar mi respuesta, de manera que me encontró instalado tal cual estaba y se quedó unos instantes inmóvil, como asombrado por el tamaño de mis zapatos cuyas suelas parecieron hipnotizarlo.

Bajé los pies al suelo y me enderecé.

—Pase y siéntese —indiqué con un carraspeo.

Era un tipo de unos treinta años, alto y elástico, delgado, pero musculoso a juzgar por la anchura de su tórax. Tenía un cabello muy negro y rizado y unos ojos color aceituna penetrantes como dardos.

Cuando sonrió al avanzar hizo una demostración de dentadura fuerte y blanquísima.

—Me llamo Raul Gallardo, señor Grant —dijo, presentándose.

Su acento no dejaba lugar a dudas. No necesitaba mencionar su nombre para adivinar su procedencia latino-americana.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Verá... Usted llegó de mi país hace pocos días...

—Cinco —puntualicé.

—Exacto. Eso nos ha decidido a confiarle nuestros apuros.

—Observo que habla en plural, señor Gallardo.

—Bueno, debo aclararle que soy agregado militar en el consulado de mi país. El cónsul, señor Félix Hurtado, es quien ha decidido confiar en usted la solución de un grave problema. ¿Entiende, mi amigo?

—No del todo; siga, por favor.

—Creemos que lo pasó muy bien durante sus vacaciones...

—Efectivamente.

—Eso nos hacer tener la seguridad de que guardará usted cierto afecto por nuestra patria. ¿Estamos en lo cierto, señor Grant?

Comenzaba a cansarme con tantos rodeos.

—Verdaderamente, mis sentimientos son de amistad hacia su bello país. Y ahora, si va directo al grano quizá logre enterarme de cuál es su problema, ¿no le parece?

Volvió a obsequiarme con una demostración de dentadura intachable.

—Perdón —sonrió—. A veces olvido que estamos en el país del dinamismo y las prisas. Bueno, deseamos encontrar a cierta persona que llegó aquí hace tres días. Es sumamente importante que nos pongamos en contacto con ella directamente... pero no sabemos dónde se aloja ni cuáles puedan ser sus señas. Usted es uno de los mejores investigadores privados y deberá serle fácil localizarla. Naturalmente, pagaremos sin discutir la cuenta que nos presente, señor Grant...

—¿Quién es esa persona?

—Su nombre es León Gáñez... le he traído una fotografía para facilitarle su labor.

Dediqué un vistazo a la foto. Representaba a un hombre de unos cuarenta años, de rostro ancho y ojos separados, boca fuerte y mentón muy pronunciado.

—¿Quién es para que tenga tanta importancia? —inquirí.

—Oh, nadie importante. Solo un turista que visita Estados Unidos por primera vez, pero al que nos vemos obligados a buscar por razones estrictamente privadas.

—Está bien —acepté, no muy convencido—. Dígame por qué medio

llegó aquí, eso facilitará mis pesquisas. ¿Avión, barco o...?

—Avión; vuelo 629 de la *Pan American.*

—¿Sabe usted si ese hombre tiene amigos en Los Ángeles?

Titubeó apenas unos segundos. Observé su atildada elegancia, el corte impecable de su traje gris... Naturalmente, un diplomático debe mantener una apariencia intachable para desempeñar su cargo.

—No sabemos que conozca a nadie aquí —dijo con acento seco, aunque esforzándose por controlar su voz—. Lamento no poderle dar más detalles que faciliten su labor, señor Grant, pero deberá usted partir de cero para empezar.

—Debe usted reconocer que va a ser muy difícil localizar a ese León Gáñez, contando solamente con un dato tan impreciso como el vuelo del avión que lo trajo...

Se encogió de hombros casi imperceptiblemente. Me obsequió con otra sonrisa «diplomática» y se levantó, irguiéndose en una postura militar.

—Sabemos que es costumbre entre los de su profesión, señor Grant, cobrar un anticipo...

Metió la mano en el bolsillo interior de la americana y extrajo un sobre alargado.

Esbocé una débil protesta, pero afortunadamente no me hizo ningún caso y depositó el sobre encima de la mesa, añadiendo:

—Espero que eso sea suficiente por el momento... Ah, casi me olvido; no deberá usted ponerse en contacto conmigo en el consulado bajo ningún pretexto. Todos los informes y todos los datos que pueda facilitarme lo hará llamándome a este teléfono...

Me entregó una tarjeta en la que constaba su nombre y un número telefónico de Bel Air. Arrugué el entrecejo.

—No me parece nada regular ese procedimiento...

—Es deseo personal del señor cónsul tratar este asunto como algo estrictamente personal y privado, desligado por entero de nuestra representación diplomática.

—*Okey,* como usted diga.

De nuevo sonrió, como dando su aprobación a mí discreto sentido del deber. Alargó su fina mano manicurada y se la estreché con un vago sentimiento de incertidumbre.

—Esperaré sus noticias con impaciencia, señor Grant.

Le prometí hacer cuanto estuviera en mi mano para complacerle y le vi marchar con su marcial manera de andar. Mucho después de haberse cerrado la puerta todavía seguía pensando en lo poco que me gustaba

semejante encargo.

Sabía muy bien los odios y rencillas políticas, financieras y de toda índole que se barajaban entre aquella gente. Por nada del mundo deseaba verme envuelto en sus complicados embrollos revolucionarios.

Al fin dejé de preocuparme por esos presentimientos y abrí el sobre que contenía el dinero. No pude contener un silbido de asombro.

Había mil hermosos dólares en billetes de cincuenta, nuevecitos y crujientes.

Como anticipo le abrían a uno sugestivas perspectivas, de manera que abandoné el despacho impulsado por la ambición de ganar más ejemplares como aquellos.

Pero mis ímpetus se estrellaron desde el principio contra una muralla infranqueable.

Ni en el aeropuerto, ni en el despacho de Aduanas pudieron facilitarme la menor pista. Tampoco los empleados de los autobuses de la compañía aérea recordaban a nadie llamado León Gáñez, ni la vista de su fotografía despertó en ellos el menor interés. Cualquiera podía pensar que aquel hombre no había llegado jamás al aeropuerto de Los Ángeles.

No obstante de su llegada no cabían dudas. El nombre constaba en la lista de pasajeros del vuelo 629 de la *Pan American.*

Perdí casi el resto del día interrogando taxistas de los que acostumbran aguardar la llegada de los aviones. No saqué nada en claro.

Los maleteros tampoco pudieron facilitarme el más leve dato sobre el tipo que andaba buscando.

—Compréndalo —me explicó el jefe de ellos—. Son centenares de viajeros los que vemos todos los días cada uno de nosotros... Imposible recordar a uno determinado, a menos que sea una celebridad.

Así que al anochecer decidí interrumpir semejante pérdida de tiempo y busqué un lugar donde cenar, mientras me devanaba los sesos tratando de encontrar una idea nueva para seguir adelante.

Después de cenar pensé que la única posibilidad consistía únicamente en que el tipo se alojase en un hotel de cierta categoría, pero maldito si pensaba recorrerlos uno a uno, así que me encerré en la cabina telefónica del establecimiento y llamé a Jack Egerton, un agente libre especializado en esta clase de pesquisas.

Egerton era un tipo aficionado con exceso al *whisky* y a las mujeres, aunque, después de todo, eso no era ningún defecto en él por cuanto nunca estaba borracho del todo, ni ninguna mujer lograba jamás apartarlo del trabajo que estuviera realizando... por lo menos, no por completo.

—¡Egerton al habla! —gritó por el auricular—. ¿Qué pasa?

—Aquí Grant. ¿Estás muy ocupado, Jack?

—¡Demonios, tú tenías que ser!

—¿Tienes trabajo sí o no?

—¡Y qué trabajo! Pelirroja, veintiocho años, uno sesenta, ojos verdes y un tipo que...

—Ya sé, ya sé —le atajé—. Pero esa dama pelirroja no te hará ganar cien dólares en una noche.

—¿Es eso lo que estás dispuesto a pagar?

—Aja.

—¿Dónde te veo?

—Estaré en el bar de Spitty en quince minutos. Tráete el coche porque tendrás que recorrer todos los hoteles de la ciudad. ¿Comprendido?

—Ya veo... Bueno, prepara esos cien machacantes. Allá voy.

—Y no te traigas a la pelirroja contigo o no hay trato.

—Nunca he dudado de que no tienes sentimientos humanos...

Colgó y yo hice lo mismo. Si el misterioso León Gáñez estaba en un hotel, Jack lo encontraría aunque hubiera cambiado de nombre catorce veces.

CAPÍTULO II

Pero no lo encontró.

A la mañana siguiente apareció por mí oficina con cara de sueño, malhumorado y refunfuñando contra su mala suerte.

—No hay ni rastro de ese fulano, George —gruñó de mal talante—. Ya sabes que si hubiese estado en un hotel, yo...

—Está bien, no te desesperes. Puede estar viviendo en una casa particular, o quizá haya alquilado un apartamento. Cuando hayas dormido un poco sigue indagando en las agencias de alquiler. Es posible que se haya valido de alguna de ellas para buscar un alojamiento. En fin, tú sabes tan bien como yo cómo debe realizarse esta pesquisa. Lo dejo en tus manos.

—*Okey,* sacaré a ese tipo de su escondrijo así tenga que...

Se marchó refunfuñando.

Pensé durante un rato en el aparentemente irresoluble problema.

Casi una hora más tarde seguía a oscuras, sin la menor idea salvadora, de manera que me disponía a mandarlo al diablo confiando en las próximas averiguaciones de Jack, cuando sonó el teléfono y al descolgarlo escuché una voz suave y meliflua con evidente acento sudamericano.

—¿Hablo con el señor George Grant?

—Dígame.

—Usted busca a León Gáñez.

—¿Es usted acaso?

Emitió una risita que me comunicó escalofríos.

—No, mi amigo; pero déjelo en paz. No lo busque. No haga nada para encontrarlo. Sería terrible que diera usted con él...

—¿Terrible para Gáñez?

—Para usted, Grant.

—Las amenazas me estimulan —le espeté secamente—. ¿Tiene algo más que decirme?

—Sin duda, mi amigo... Solo puede morir una vez, ¿entiende? No busque más a León Gáñez, de lo contrario esa será su vez. Por si tiene dudas, sepa que está usted vigilado continuamente, día y noche. Adiós, señor Grant.

—Al diablo.

No sé si me oyó porque sonó un chasquido y la comunicación quedó

cortada.

Estuve un rato preocupado por la amenaza. Bueno, me dije al final, las revoluciones las hacen en su país, no en Los Ángeles. Quizá pudiera enseñarles algunos trucos destinados a fastidiar al prójimo después de todo.

Realicé algunas pesquisas más durante la mañana y parte de la tarde, especialmente entre las compañías de taxis, más que nada para convencerme de si en verdad estaba siendo vigilado o no. Solo en un par de ocasiones me pareció descubrir un *coupé* azul pegado a la trasera de mi coche, pero después desapareció y ya no volví a ver el menor rastro de nadie interesado en seguirme las huellas.

No obstante, adquirí el convencimiento de que la cosa iba en serio cuando abandoné mi despacho después del anochecer.

Había dejado el auto a cierta distancia, encajado entre dos vehículos de lujo. Cuando llegué allí uno de los coches se había largado, pero el segundo continuaba pegado al costado del mío, así que hube de utilizar la portezuela contraria al volante para entrar.

Fue al introducir la llave en la cerradura de la portezuela cuando algo comenzó a vibrar en alguna remota parte de mi mente.

Siempre dejaba el coche cerrado cuando iba a la oficina. Ya era un hábito, una costumbre inveterada que jamás dejaba de cumplir...

No obstante, la portezuela estaba abierta.

Permanecí unos instantes reflexionando a toda presión. Naturalmente, podía haberme olvidado de cerrarla debido a las dificultades que tuve para salir del coche cuando lo aparqué, pero lo dudaba mucho.

Llegué a la conclusión de que alguien había estado metiendo la nariz en mi convertible. Tan pronto me hice a esa idea me pregunté qué demonios podían haber estado buscando...

Entré en el auto y realicé un rápido examen del interior. No pude ver la menor traza de que ningún extraño hubiese manipulado allí dentro. Comenzaba a pensar que quizá me dejaba llevar por mis aprensiones cuando se me ocurrió algo más.

Salí otra vez del vehículo, después de soltar el cierre del *capó*. Lo levanté y me bastaron unos segundos para descubrir el aditamento del motor.

Era una cajita del tamaño de un estuche de cincuenta cigarrillos, aunque bastante más gruesa. De ella salían dos cables, uno de los cuales estaba conectado a la batería. El otro se perdía en las entrañas oscuras del motor. Calculé que estaría conectado al contacto... y cerré la tapa del motor mucho más rápidamente que de costumbre.

Me largué de allí en busca de un teléfono público, desde el que llamé al teniente Erny Russell, al que le pedí que me mandase un par de sus especialistas en explosivos.

—¿Para qué demonios los quieres? —exclamó.

—Hay una bomba conectada al encendido de mi coche. No deseo volar por los aires convertido en picadillo, Erny, así que envía a tus muchachos cuanto antes.

—¿Una bomba? ¡Pero si acabas de llegar de vacaciones!

—¿Y eso qué tiene que ver con el petardo, maldita sea?

—No tienes tiempo de haberte metido en otro embrollo, George. ¿No estarás tomándome el pelo?

—Sigue perdiendo el tiempo y podrás escuchar el estallido desde tu despacho.

—Está bien, está bien, vamos a ver de qué se trata...

Colgué y regresé a las cercanías de mi cacharro.

Tardaron diez minutos en llegar. El teniente fue el primero en saltar fuera de su coche, seguido por un muchacho de unos veintisiete años, delgado y con gruesas gafas cabalgando sobre una nariz ganchuda como el pico de un ave de presa.

—Este es Goldberg, técnico en petardos —gruñó Russell—. ¿Es cierto que alguien ha querido mandarte al infierno en pedacitos, George?

Les señalé el coche.

—Ahí está la prueba. Y no me pidas que me acerque para echar una mano a tu hombre, Erny, porque te mandaré al diablo.

El tipo de las gafas abrió el motor y examinó el interior sin tocar nada. Cuando se enderezó estuvo unos segundos rascándose el cogote.

—¿Y bien? —le apremió el teniente.

—Un buen paquete —rezongó el muchacho—. Calculo que si hubiese estallado habría tenido que buscar a su amigo con una lupa, teniente.

—Está bien, Sáquelo de aquí y llévelo al laboratorio. Quizá puedan descubrir de dónde han sacado semejante artefacto...

El tipo se inclinó y comenzó a trabajar valiéndose de una pequeña herramienta que sacó del bolsillo. Noté cómo mi pulso se aceleraba violentamente y necesité de toda mi voluntad para no retroceder un par de manzanas.

Russell se mantuvo callado todo el tiempo, hasta que vio a su especialista erguirse con la bomba en la mano.

El de los lentes comentó tranquilamente:

—Esto pesa sus buenas tres libras, teniente. Descuente usted una de la

caja y el mecanismo y le quedan dos de explosivo... seguramente *Nitro,* o una mezcla semejante.

—Bueno, sáquela de mi vista, Goldberg. Me da escalofríos esa proximidad.

Riéndose, el individuo volvió a su coche. Pude notar que al chófer no le gustaba nada tampoco llevar aquel equipaje. Cuando se alejó respiré con alivio.

—Y ahora veamos quién te ha colocado ese regalo en tu cacharro, George —estalló el teniente—. Puedes decir que has nacido hoy.

—No sé quién ha sido, Erny. Ojalá lo supiera.

—No empieces con tus embrollos. Nadie hace una cosa semejante sin un buen motivo.

—Tengo infinidad de enemigos en esta ciudad, tú lo sabes. Cualquiera de ellos puede...

—¡Y un cuerno! Si cualquiera de esos fulanos que desean verte *tieso* hubiera querido matarte lo hubiese hecho hace mucho tiempo.

—Te aseguro que...

—Mientes. ¿En qué estás trabajando actualmente?

—En nada, Erny. Apenas si acabo de regresar de mis vacaciones.

—Eres un individuo muy activo —gruñó con sarcasmo—. Digas lo que digas no voy a creerte a menos que puedas explicarme satisfactoriamente la presencia de ese artefacto en tu coche. A propósito, ¿cómo te has dado cuenta que estaba allí?

Le conté lo de la portezuela abierta y mi costumbre inveterada de cerrarla siempre con llave.

—Sigues teniendo una suerte loca —farfulló—. Ahora veamos quién puede tener motivos para mandarte al infierno.

—Me gustaría mucho saberlo —mascullé—. Le haría tragarse su petardo dejando los hilos fuera para conectarlos después...

—Ya sé que te gustaría hacerlo. Quizá sea esa precisamente tu idea, muchacho; ajustarle las cuentas personalmente. Si es así déjame decirte que vas a...

—¡Echa el freno, Erny! No pienso hacer nada de eso. Si descubro al hijo de perra que me ha gastado semejante broma te lo entregaré atado de pies y manos...

—No lo dudo, pero solo cuando tú hayas estado a solas con él un par de horas.

Le mostré los dientes en una mueca lobuna.

—Eres demasiado suspicaz, Erny —le espeté—. Te agradezco mucho

tu ayuda. Si puedo hacer algo por ti como compensación...

—¡Claro que puedes hacerlo! Dime para quién estás trabajando y encontraré al criminal que ha colocado la bomba en menos de veinticuatro horas.

—Tonterías; no hay cliente, ya te lo he dicho.

—*Okey,* tú verás lo que haces. Quizá la próxima vez no puedas descubrir a tiempo el petardo que te hayan preparado. Y ahora llévame a la Central, a menos que...

—Está bien, Erny, es lo menos que puedo hacer por ti.

Saqué el coche del aparcamiento y conduje en silencio la mayor parte del trayecto, ensimismado en mis reflexiones.

Erny tampoco estuvo muy hablador que digamos, enfurruñado por mí falta de colaboración.

A menos de dos manzanas de distancia del edificio policíaco nos detuvo una luz roja. Entonces observé que los faros reflejados en el espejo retrovisor se detenían también, pero a una distancia considerable de mi auto. Había venido observando aquellas luces distraídamente durante buena parte del camino, pero solo entonces les concedí suficiente importancia como para que mis nervios se pusieran tirantes y alerta.

Dejé a Erny Russell refunfuñando y volví a emprender el camino. Aquel coche siguió pegado a mí.

Bien, ya los tenía, pensé. Habían visto fracasar su intento de convertirme en puré y se disponían a rectificar su error. Ellos mismos iban a facilitarme las cosas para darles un escarmiento que no olvidarían jamás.

Conduje a creciente velocidad por la «Ruta 66» hacia el Norte, atravesé Sunset y comencé a encaramarme por las retorcidas calles de las colinas de Santa Mónica, buscando un lugar a propósito para darles mis mejores saludos.

Lo encontré al final de Gould Avenue, en una cerrada curva que daba paso a Carolin Terrace.

Frené girando todo el volante a la izquierda, de manera que el auto quedó atravesado en medio de la estrecha curva obstruyendo totalmente el paso. Salté al suelo, ya con el revólver en la mano, y me aparté lo suficiente para quedar envuelto en las sombras de un gran seto que bordeaba la calle.

El motor del coche perseguidor zumbó, acercándose. Sus luces cortas parpadearon antes de entrar en la curva... y luego los frenos chillaron como diablos y el auto comenzó a dar bandazos para esquivar el choque... y acabó subiéndose a la acera y hundiendo el morro entre los setos, a menos de tres metros de donde me encontraba.

Tan pronto se hubo detenido, salté como impulsado por un resorte, abrí su portezuela y metí el «38» por delante como tarjeta de visita.

—¡Bueno, bastardos, abajo! —exclamé—. Con cuidado o...

No terminé mi amenaza porque el estupor me dejó mudo de repente.

Yo esperaba tener que vérmelas con dos o tres pistoleros a los que debería acogotar para hacerles entrar en razón. Incluso me sentía muy dispuesto a agujerearle las tripas a alguno de ellos si se ponía tonto...

Y lo primero que saltó a mis ojos cuando abrí la portezuela fueron un par de piernas de campeonato.

En mi vida había visto nada tan perfecto. Eran unas piernas de esas que aparecen en un anuncio de lencería y todo el mundo cree que son creación de un dibujante genial. Y debido a la violencia del encontronazo del coche, el cuerpo poseedor de semejantes extremidades había caído a un lado y luchaba por enderezarse, de manera que el vestido azul pálido habíase arremolinado y la extensión de anatomía que dejaba al descubierto era para disipar toda posible duda sobre la autenticidad de tanta perfección.

Cuando la dama logró enderezarse en el asiento, me encontré mirando la superficie violácea de unos ojos profundos y misteriosos que pusieron estremecimientos en mi piel.

Adornaban un rostro proporcionado, sugestivo y encantador, muy agradable de mirar. También la boca suavemente maquillada tenía un poderoso atractivo, aparte de un rictus de humor a pesar de las circunstancias. Y todo ello encuadrado en una catarata de ébano suave como una nube que le caía casi hasta los hombros y que semejaba un trozo de noche colocado por manos de artífices...

La muchacha miró primero mi revólver, luego levantó la cabeza y me desafió con aquellos ojos maravillosos, furiosa.

—¡Ha estado a punto de matarme! —me espetó.

—Lo lamento...; de veras que siento mucho...

—¡Lo siente! —estalló—. ¡Claro que lo siente...!

—Pero usted venía siguiéndome, ¿no es cierto?

—Bueno, sí, pero eso no le da derecho a...

—Cálmese. Pensé que se trataba de unos pistoleros...

—¡Pistoleros! ¿Quiere sacar ese revólver de mi vista?

Lo volví a su funda y me aparté para permitirle salir del auto. Fue una pena porque parte del sugestivo espectáculo desapareció al volver las ropas a su lugar correspondiente.

—Creo que voy a apartar el coche de ahí —dije con voz ronca, desconcertado—. Puede provocar un accidente y...

—Ya ha estado a punto de provocarlo.

Aparté el vehículo, dejándolo al lado del suyo tan pronto ella acabó de sacarlo del seto. Entonces volví a apearme y de nuevo me enfrenté con sus furiosos ojos.

—Ahora dígame por qué me seguía. Quizá eso me aclare algunas cosas que ahora no comprendo.

—Usted es George Grant, ¿no es cierto?

—Efectivamente.

—Yo... Deseaba hablar con, usted —dijo como si eso lo explicase todo —. Por eso le he seguido.

—Es usted la muchacha más sorprendente de cuantas he conocido. Si deseaba hablar conmigo no tenía que hacer nada más que acudir a mí oficina. Se supone que es el lugar idóneo para las entrevistas de negocios. ¿No lo sabía acaso?

Mi sarcasmo no le hizo mella. Me miró con sus ojos relucientes y explicó con impaciencia:

—No podía acudir a su oficina. Sé que le vigilan... no deseaba que vieran cómo me ponía en contacto con usted. Por eso le aguardaba fuera. Al verle salir he pensado seguirle hasta encontrar un lugar en que pudiera abordarle sin ser descubierta por los que le vigilan. Pero usted ha encontrado dificultades en su coche... He seguido esperando, usted se ha marchado después con aquel hombre y... Bueno, lo demás ya lo sabe.

Pensé a toda velocidad. Todo aquello podía ser cierto y podía no serlo. Lo indudable era que la muchacha estaba enterada que alguien me vigilaba, y ella no quería ser vista por esos espías, cosa que era tanto como reconocer que estaba mezclada en el asunto de León Gáñez.

—¿Sabe también quiénes son los hombres que me siguen o que me vigilan?

Pareció extrañarse en gran manera ante esa pregunta.

—¿Es que usted no los conoce? —exclamó.

—Si supiera quiénes son, le aseguro que no estarían tras mis huellas ni cinco minutos.

—Pero yo creía...

Se interrumpió. Por instantes crecía su desconcierto.

—Usted —murmuró después—, está buscando a un hombre llamado León Gáñez. ¿No es cierto?

—Sí.

—Dios mío, y no sabe quiénes le siguen...

—¿Por qué no habla con sentido común, aunque sea por una sola vez,

nena? Hasta ahora no entiendo nada, y su intervención en el asunto no contribuye precisamente a despejar las incógnitas. Usted no es sudamericana, ¿eh?

—Nací en Los Ángeles, aunque he vivido muchos años en el país de León Gáñez.

—Mire, pequeña, vamos a buscar un lugar cómodo y tranquilo y podrá contarme su historia, ¿no le parece? Así quizá consiga enterarme de la clase de partida que estamos jugando.

—Bueno, pero no podemos perder tiempo, señor Grant...

—Este no es el sitio ideal para una conferencia. Cualquiera puede sorprendernos. Si usted me ha seguido los otros pueden haber hecho lo mismo.

Titubeó, pero acabó por asentir con un gesto, aunque puntualizó:

—Le seguiré en mi coche. Si veo que «ellos» continúan pegados a usted me alejaré y ya no podré hablar con usted hasta que encuentre otra oportunidad...

—No nos seguirán —afirmé—. Vamos a dirigirnos a cierto lugar de la costa... y si alguien viene detrás de nosotros, allí se le quitarán la curiosidad de una vez por todas. ¿Está dispuesta?

Entró en su coche y el motor comenzó a runrunear apenas se hubo sentado ante el volante.

Conduje el mío sin prisas por los retorcidos paseos de Santa Mónica. Cinco minutos más tarde estuve completamente seguro de que nadie, a excepción de la muchacha, estaba sobre mis huellas.

Entonces aceleré en busca del lugar discreto...

El *Red Penguin.*

CAPÍTULO III

El *Pingüino Rojo* era un lujoso y discreto club nocturno propiedad de un individuo llamado William Archer, ex cabecilla de una poderosa organización de apuestas, ex contrabandista, ex *racketer* de toda clase de negocios turbios y provechosos...

Podían decirse muchas cosas de Archer, aunque nunca había sido procesado. Eso ya era de por sí una garantía de su valía para sus actividades. Otra cosa que tampoco podía achacársele era haber faltado jamás a su palabra... a menos que hubiera sido absolutamente necesario.

Los años habían limado su ruda aspereza del principio al mismo tiempo que redondeaban su figura, robusta y musculosa. A sus cincuenta años conservaba una revuelta pelambrera enteramente gris que le hacía destacar en todas partes cual si hubiese enarbolado una bandera.

Cuando la muchacha y yo entramos en su establecimiento, Archer estaba acodado de espaldas al mostrador contemplando con ojo crítico el incesante movimiento de su personal. La clientela se apiñaba en las mesas y en la pista de baile, de manera que juzgué que estaría de buen humor ante el auge del negocio.

Me vio tan pronto iniciamos la aproximación al bar.

Se enderezó, una ancha sonrisa distendió sus gruesos labios y vino hacia nosotros con la mano tendida.

—¡George, muchacho! —exclamó, sacudiéndome el brazo como si quisiera descoyuntarlo—. Han pasado siglos desde la última vez que estuviste aquí. ¿Dónde has andado todo ese tiempo?

—De un lado a otro, Willy.

Miró a la hermosa muchacha que me acompañaba. No consiguió ocultar la impresión que le causó ver tanta belleza reunida en una sola mujer y devolvió su atención a mí admirativamente.

Yo dije:

—No puedo presentártela porque todavía no sé ni cómo se llama. Pero necesitamos un lugar discreto y seguro donde hablar. Hay ciertos tipos interesados en seguirme los pasos, ¿comprendes? Y esta es una reunión de negocios, así que tú verás qué habilitas como despacho.

—¿Dices que te persiguen?

—Bueno, no han conseguido seguirme hasta aquí, pero hay una

bandada de cuervos esperando hincarme el pico.

—Comprendo. Sea como sea, no llegarán hasta ti mientras permanezcas aquí. Y creo que tengo lo que necesitas.

Hizo una seña a un camarero y el hombre voló a recibir órdenes.

—Acompañe a los señores al departamento azul del segundo piso. Sírvales lo que pidan y páseme la cuenta a mí. ¿Entendido?

El camarero inclinó la cabeza y se apartó unos pasos. Archer sonrió y me espetó con una sonrisa:

—¿Sabes, George? Hay momentos que te envidio. Tú sigues llevando la vida que a mí me gusta... o me gustaba hace unos años. Buena suerte.

Seguimos al camarero. La muchacha no había despegado los labios ni para mencionar su nombre cuando yo había hablado de mi ignorancia respecto a ella. La miré por el rabillo del ojo. La vi tensa y expectante, sin confiarse en absoluto.

Antes de cruzar el umbral cuya puerta nos franqueaba el camarero, volví la cabeza a tiempo de ver a Archer hablando con un individuo macizo y de aspecto brutal. Reconocí a uno de sus matones encargados del buen orden en el negocio y en las salas de juego instaladas en el amplio sótano. Seguramente le acababa de encargar que cuidase de que nadie pudiera interrumpir mi charla con la mujer que me acompañaba.

El departamento azul era toda una *suite* de lujo, tapizada y decorada de ese color. Tan pronto la puerta se hubo cerrado dejando fuera al camarero, mi compañera masculló:

—Si al traerme aquí alberga usted ideas torcidas, señor Grant...

—No empecemos con la historia de siempre —la interrumpí, fastidiado—. Usted es una chica endiabladamente hermosa y a mí me encantan las mujeres como usted. *Okey,* pero jamás permito que el placer entorpezca mi trabajo. La he traído aquí porque, para mí, es el lugar más seguro de toda la ciudad. Archer me debe un par de favores. ¿Comprende ahora?

Se desentendió de mí y miró a su alrededor, dominada por cierta picante curiosidad. Indudablemente, el lugar estaba decorado y equipado como «nido de amor», incluso el aroma que impregnaba el aire era suave y finamente penetrante. Un amplísimo diván ocupaba todo un ángulo, y había una mesita enana rodeada de caprichosos y bajos asientos. Algunos almohadones de terciopelo azul salpicaban la pieza caprichosamente para acabar de darle carácter. Había una puerta que comunicaba con el baño, y una ventana, que abrí para dejar paso al fresco aire nocturno.

Ante nosotros se extendió una hermosa vista del mar sobre el que chispeaba la luz de la luna, como arrancándole plateadas escamas. El

acantilado se hundía debajo de las paredes hasta perderse en la oscuridad de una pequeña caleta.

—Es maravilloso... —susurró ella, a mis espaldas.

Giré en redondo.

—Comienza a humanizarse —comenté—. Creo que va siendo hora de que sepa cómo llamarla, ¿no le parece?

—Elsie... Elsie Vaughan.

—Perfecto, Elsie. Póngase cómoda mientras llega el camarero con unas bebidas.

Tardó solo unos minutos, durante los que fumé en silencio, estudiando la cautivadora belleza de Elsie.

El mozo llamó con unos discretos golpecitos en la puerta. Le autoricé a entrar y apareció cargado con un cubo de hielo dentro del cual se enfriaba una botella de champaña que yo no había pedido.

—El señor Archer ha ordenado que les sirva esta botella —aclaró el hombre—. Obsequio de la casa.

—*Okey,* déjela aquí... yo me encargaré de lo demás.

Colocó las copas sobre la baja mesita y se fue. En el instante en que la puerta permaneció abierta vi al matón de Archer cruzar pausadamente. Teníamos guardia de vista.

Sonreí. El ex *gangster* continuaba siendo el mismo de siempre.

—Ahora puede empezar a contarme su historia, Elsie —decidí, llenándole su copa—. Veamos qué endiablado enredo es este.

Parecía haber perdido parte de su altanera seguridad del principio, o quizá ya no estaba tan furiosa. Uno nunca sabe a qué atenerse con las mujeres.

—A usted le han encargado buscar a León Gáñez...

—Eso ya lo ha dicho antes.

—Sí, bien... El coronel Gáñez está aquí para tramitar la ayuda de círculos poderosos con el fin de liberar a su país del dictador Ruis Dolera...

—Así que Gáñez es coronel...

—Y sentenciado a muerte. Logró escapar con la ayuda de sus partidarios... Solo él puede conseguir instaurar la justicia en su país. Su revolución sería eminentemente social y...

—Un momento —la atajé—. Usted es norteamericana. ¿A qué obedece su interés por este embrollo revolucionario?

Titubeó visiblemente.

—Quizá se lo diga al final —murmuró—. Ahora déjeme explicarle tal cómo están las cosas en este momento.

—Adelante.

—Usted ha visitado recientemente ese país. Forzosamente, debe haber advertido la rígida dictadura que impera allí. Ruis Dolera y un grupo de grandes terratenientes y millonarios lo controlan todo, lo manejan todo y mantienen al pueblo en la miseria. ¿No es cierto?

—Mire, linda; opino que cada país tiene el Gobierno que merece. Son ellos quienes tienen que arreglar sus propios asuntos.

—¡Pero no pueden hacerlo! El que se atreve a oponerse a esa camarilla de gente poderosa, respaldada por los militares de alta graduación, es eliminado sin escrúpulos. Por eso Gáñez intenta derrocarlos y...

—Y ocupar el lugar de Ruis Dolera para empuñar las riendas. Una vez en el sillón presidencial seguiría haciendo lo mismo, solo que entonces sería él quien se aprovecharía de la situación. Nada habría cambiado para los de abajo.

—¡Oh, no conoce usted al coronel...!

—Todavía no. Acláreme qué diablos pinta usted en este asunto.

No me hizo caso y prosiguió:

—León Gáñez conseguirá el apoyo de ciertos círculos financieros. Ya ha tenido contactos con... —se interrumpió y añadió, dejando la frase anterior sin terminar—. Los secuaces del dictador lo saben, ¿comprende? Hasta el momento no han podido localizarlo, ni nunca lo conseguirán por sí mismos, pero con la ayuda de usted podrán encontrarle y entonces lo matarán. Por eso he querido hablarle, para evitar un desastre.

—Ya veo.

—Todavía hay más, señor Grant. En la actualidad, el Gobierno del dictador está en dificultades financieras y sus representantes están aquí tramitando un gran empréstito con un consorcio bancario. Están hipotecando su país para su propio lucro.

—Seguimos metidos en política revolucionaria y sigo sin entender su participación en el complot, o lo que sea que está ventilándose.

—Se lo diré... Pero antes quiero hacerle una pregunta. ¿Ha oído hablar alguna vez de Hector Ruis Dolera?

—Sé que es el hermano menor del presidente, eso es todo.

—Es un degenerado —afirmó con los dientes apretados—. Un miserable que... Pero no importa; él es uno de los que derrochan el tesoro de su país en el extranjero. Todas las mujeres que tienen algo que ver con él hacen su fortuna si se muestran complacientes. Les regala miles de dólares, abrigos de visón, coches de importación que cuestan doce mil dólares... y unas se suceden a las otras. Él mismo pregona que le gusta la

variedad.

—Todavía no comprendo qué tengo que ver con todo esto.

—Usted tiene que encontrar al coronel Gáñez. Eso es lo que tiene que ver con usted. Déjelo en paz. Dígale a esa gente que le ha contratado que no puede encontrarlo, o que se ha marchado de Los Ángeles con rumbo desconocido... Dígales cualquier cosa. Ellos jamás podrán encontrarlo sin su ayuda, señor Grant.

—Parece muy segura de eso. No obstante, déjeme decirle algo antes de continuar. Usted afirma que ese coronel Gáñez es un diamante en bruto que va a llevar el bienestar a su país, ¿eh, linda?

—Estoy segura.

—Bueno, déjeme decirle que en sus métodos es exactamente igual que nuestros viejos pistoleros de Chicago en los años treinta. Eso es lo que puedo decirle de su honesto y desinteresado coronel.

—¡Cómo se atreve...!

—¡Oh, déjese de pamplinas! No puedo adivinar qué móviles la guían a usted, pero Gáñez, o sus secuaces, han colocado una bomba en mi coche, tan solo para conseguir lo mismo que usted ha venido a rogarme: que deje en paz a su querido jefe.

—¿Una bomba? No sabe usted lo que dice.

—Sé que la bomba estaba conectada al encendido de mi auto. Si hubiera introducido la llave de contacto para ponerlo en marcha a estas horas estaría convertido en carne trinchada. Esos métodos no encajan con una persona como la que usted describe.

Había palidecido, pero todavía me contemplaba con incredulidad.

—Los hombres que han llegado junto a mí cuando usted me aguardaba —añadí—, eran de la policía. Uno de ellos ha desconectado el petardo. ¿Se convence ahora, nena?

—No puedo creerlo...

—¿Quién la ha mandado a mí encuentro?

—Mi...

Se interrumpió de golpe. Lo inesperado de mi pregunta casi la había cogido desprevenida, pero no tanto como para delatarse.

—¿Su qué?

—Nada —murmuró—. Escúcheme, estoy segura que la colocación de esa bomba no tiene ninguna relación con el coronel... Debe creerme...

—Tonterías, Elsie; hoy mismo me han amenazado por teléfono. O dejaba en paz al coronel Gáñez o moriría. ¿Quién otro que no sea él puede tener interés en permanecer escondido?

Ese razonamiento le dio que pensar. Distraídamente, bebió unos sorbos de su copa y siguió pensativa por unos instantes.

Aproveché para vaciar la mía y admirar al mismo tiempo la subyugante belleza de su rostro, la maravillosa armonía de sus formas prietas y juveniles, poderosamente tentadoras. ¿Cómo era posible que una belleza semejante estuviera envuelta en algo tan sórdido como lo que estaba insinuándose detrás de aquel misterio?

—¿No cree que ha llegado el momento de poner las cartas boca arriba, linda?

—Si pudiera convencerle...

—Dígame solamente quién le ha ordenado ponerse al habla conmigo. Eso será suficiente.

Suspiró resignadamente.

—Mi padre —murmuró.

—¿Y quién es su padre?

—Usted debe haber oído hablar de él, o leído alguna vez su nombre; Alphonse Vaughan.

Traté de recordar aquel nombre, pero para mí era un completo desconocido.

—Lo siento, pero es la primera vez que oigo hablar de él. ¿Quién es o a qué se dedica?

—El... papá es un financiero. Se ha encargado de preparar el terreno al coronel Gáñez en Los Ángeles, facilitándole las entrevistas con los hombres que están dispuestos a prestar su ayuda al coronel.

—¿A cambio de qué?

—No comprendo...

—Es fácil. Una aventura como esa precisa millones para ponerse en práctica. Ingentes cantidades de dinero con el que comprar armamento, equipar a un ejército y mantenerlo mientras dure la revuelta... ¿A cambio de qué van a prestarle esos millones al coronel?

—No lo sé, aunque por lo que le he oído decir a papá solo obtendrán un pequeño interés a largo plazo. Su deseo es cooperar al bienestar de...

—Alguien debería quitarle la venda de los ojos cuanto antes, linda. Ese cuento solo puede colar en una cabecita tan linda como la suya, pero tan llena de idealismos que es capaz de creer todavía en Papá Noel. Esos buitres de las finanzas no arriesgas sus millones si no es a cambio de fabulosas ganancias. Más fabulosas cuanto más arriesgada es la inversión.

Se levantó, indignada.

—¡Está usted insultando a papá! —me espetó.

—Siéntese, no hemos terminado todavía...

—Por mí ya está todo hablado entre usted y yo. Sé que seguirá usted intentando descubrir el paradero del coronel para entregarlo a sus verdugos, pero sepa que si lo consigue habrá causado un horrible perjuicio al país que tanto le gustó.

—Está sacando el problema de sus verdaderas dimensiones, Elsie.

—Sé lo que me digo. Todo lo que usted haga, incluso suponiendo que no logre encontrar al coronel, facilita los planes del dictador. Le da tiempo a tramitar su empréstito y con él afianzará su poder.

—Tal vez. Ahora acláreme por qué interviene usted. Por qué despilfarra su entusiasmo en este asunto tomando una parte tan activa en una aventura que puede resultar terriblemente peligrosa para una chiquilla tan linda.

—No necesita halagarme para rechazar mi ruego —protestó, abatida—. Sepa qué amo ese país como si fuera el mío...

—¿Por qué?

—Mi madre era de allá... y se apellidaba Gáñez.

No pude contener un respingo de sorpresa.

—Ya veo... Hermana del famoso coronel, ¿eh?

—Sí.

—Hay más todavía —murmuró entre dientes—. Ella pertenecía a una buena familia. Cuando murió, hace dos años, el Gobierno asistió a sus funerales, pero después, a raíz de la detención de mi tío, el coronel, todas sus propiedades fueron incautadas y sacadas a subasta. Naturalmente, se las repartieron entre los más poderosos sin pagar un centavo.

—¿Las propiedades del coronel?

—Y las de mamá, o mías para ser exacta. Ella las legó a mí nombre.

—Veo que vamos aclarando el misterio. Existen poderosas razones tanto en usted como en su padre para tomar parte activa en los planes del coronel Gáñez.

—¡Naturalmente!

—Poderosas razones monetarias quiero decir... o financieras, si así le gusta más.

Eso le dolió como si acabara de abofetearla. Irguiéndose, me miró con desprecio y masculló como despedida:

—Es usted odioso, señor Grant. Solo deseo que no tenga éxito en su bajo cometido.

Giró sobre los talones, abrió la puerta y desapareció de mi vista, cerrando de un portazo.

Me recosté en la cómoda butaca y llené una vez más mi copa. El suave

perfume del ambiente había desaparecido para dejar paso al aroma que se desprendía del grácil cuerpo de la muchacha. Su presencia, a pesar de sus pinitos revolucionarios, era lo más exquisito que uno pudiera imaginar y a mí me había impresionado agradablemente.

Decidí que habría que hacer algo acerca de eso... además de localizar al coronel León Gáñez, naturalmente.

CAPÍTULO IV

Aquella misma noche, Egerton me llamó a mí apartamento para asegurarse de que estaba en casa, y quince minutos después llegó para darme cuenta de lo infructuoso de su búsqueda.

—Te aseguro que ese fulano no está aquí, George —refunfuñó de mal talante—. Lo he revuelto todo sin el menor resultado. No ha alquilado ningún apartamento por medio de agencias ni ha solicitado teléfono alguno. Eso del teléfono se me ocurrió averiguarlo por si había alquilado una casa o un *bungalow*...

—No te apures, creo que tengo algunas ideas nuevas al respecto.

—Espera —insistió, obstinado—. Se me ocurrió también que tal vez su estancia en Los Ángeles había sido solo de paso, ¿comprendes? Así que he recorrido las compañías aéreas y revisado docenas de listas de viajeros, pero sin resultado. Como último recurso, he interrogado a los empleados de las terminales de autobuses y ninguno ha identificado la fotografía con nadie conocido. Un fracaso en toda la línea.

—¿Has terminado?

—¿Qué más quieres que te diga? ¡Claro que he terminado!

—Bueno, entonces escúchame a mí.

—Puedes hablar mientras preparo unos tragos. ¿Todavía guardas ese *whisky* de importación?

—Me quedan un par de botellas. Oye, Jack, ¿qué opinas de las revoluciones sudamericanas?

Se detuvo a mitad de camino del pequeño mueble bar adosado a la librería.

—¿Es que estamos metiéndonos en esto? —graznó, extrañado.

Le conté los pormenores del embrollo, incluido el episodio de la bomba y la extraña conducta de Elsie Vaughan. A pesar de que me escuchó con atención, ocupó todo el tiempo en engullir dos raciones de *whisky* capaces de tumbar a un tipo normal. Solo cuando terminé preparó uno para mí, como pretexto para llenar su vaso por tercera vez.

—No me gusta esto, George —mascculló—. Cuando interviene la política en esta clase de líos puedes apostar que tienes que habértelas con la gente más carente de escrúpulos que uno puede imaginar. Asesinan y aplastan sin piedad para conseguir sus fines, y tú debieras saberlo ya que

has viajado por la mayoría de países del sur.

—No exageres, Jack. Pero no te he contado lo sucedido para que me des una conferencia, sino para puntualizar mis nuevas ideas. En primer lugar, han cometido un error al enviarme a esa muchacha. Eso les ha obligado a descubrir parte de su juego, pero lo más importante es que ahora sabemos dónde hay que buscar a León Gáñez.

—¿Crees que está en casa de Vaughan?

—No. Pero este tendrá que entrevistarse con él o con los asociados de su proyecto alguna vez. Y nosotros estaremos aguardando ese momento. ¿Está claro?

—Ya veo...

Apuró el vaso, titubeó, y acabó por abandonarlo con evidente pesar.

—Tú te encargarás de someter a vigilancia a Vaughan, Jack. A mí me conocen demasiado. Y a partir de este momento solos nos comunicaremos por teléfono. No conviene que nos vean juntos.

—Pueden haberme visto entrar.

—Pero no te verán salir. Te largarás por la parte trasera, a través del sótano. Y no olvides el revólver. Ya han demostrado una vez que están dispuestos a todo, de manera que no te confíes o me veré obligado a mandar una corona para tu funeral.

—Eso sería lamentable, ¿no te parece? Un par de docenas de lindas muñecas vestirían luto y llorarían sobre mi tumba. Sería bochornoso que se encontrasen todas a la vez sobre mis restos...

Soltó una carcajada y abandonó el apartamento con su andar elástico.

Acababa de cerrarse la puerta cuando sonó el teléfono. Al descolgarlo escuché la meliflua voz que ya conocía.

—¿Grant? —indagó suavemente.

—¿Qué se les ha ocurrido esta vez?

—Escapó del bombazo, mi amigo, pero no confíe en su suerte. La próxima vez caerá a menos que abandone este asunto. Ya no volveremos a advertirle.

—¿Qué utilizarán en el futuro, un antitanque? Pueden irse al infierno usted y el coronel Gáñez, *mi amigo*.

Soltó su espeluznante risita y luego añadió:

—¿Ha sido agradable su charla con la *chiquita* Vaughan?

Lo sabían todo, pensé amargamente. Y yo no había podido ver ni la sombra de uno de ellos hasta el momento.

—Una linda mujer —dije—. Y ahora escúcheme usted a mí, renacuajo sietemesino; encontraré al coronel así tenga que volver la ciudad patas

arriba, y le aseguro que antes de entregarlo a los que andan buscándolo le saltaré los dientes en recuerdo de la bomba. Ahora, vaya y dígaselo, tipo listo.

Escuché una especie de rugido de furor. Por lo visto, mi falta de respeto hacia su jefe era más de lo que podía soportar.

Colgué el auricular cuando todavía resonaban ruidos amenazadores al otro extremo de la línea. Habían elegido un camino equivocado para obligarme a desistir de mi empeño. Jamás he podido soportar que alguien me amenace... y menos por teléfono, como los cobardes.

Me acosté, y a mí pesar tardé más de lo normal en quedar dormido, preocupado por la maldita voz del teléfono.

Desperté temprano y tan pronto abrí los ojos mi mente comenzó a funcionar a toda presión. Encendí un cigarrillo y permanecí tendido, reflexionando, hasta que me cansé y fui a meterme bajo la ducha.

Llegué a la oficina mucho antes que de costumbre, pero ese despliegue de actividad no sirvió de nada, por cuanto hasta las diez y cuarto no recibí una llamada de Jack.

—Eso va a ser muy aburrido —se quejó—. El tipo acaba de meterse en sus oficinas. Lo he seguido desde su residencia.

—¿Te refieres a Vaughan?

—Naturalmente. ¿Debo seguir plantado aquí hasta que salga a comer?

—No veo que puedas hacer otra cosa, muchacho. Desconocemos sus costumbres y no sabemos si suele ausentarse durante la mañana. ¿Sabes si su hija se ha quedado en la casa?

—Por lo menos, nadie ha salido antes que él, aunque pueden haberlo hecho después de marcharme de allí.

—Bien, sigue pegado a él hasta que saques algo en limpio.

Colgué y me largué en busca de algunos datos que me interesaban.

El edificio del *Globe,* reflejando sobre sus centenares de cristales el brillo del sol, fue mi primer objetivo. Y dentro de él, un reportero que de vez en cuando armaba un escándalo con sus explosivos artículos sobre cualquier tema que se prestase al alboroto periodístico.

Morley tenía unos treinta y cinco años, era delgado como la hoja de una espada y se movía con tanta pereza aparente que producía bostezos. Sin embargo, debajo de esa apariencia abúlica y lenta se escondía un cerebro agudo y versátil que le había valido no pocos éxitos.

Cuando entré en su jaula de cristales estaba dando los últimos toques a unas pruebas húmedas de tinta.

—Siéntate —refunfuñó—. Van a retorcerme el pescuezo si no les

mando esto inmediatamente.

Siguió con su trabajo por espacio de cinco minutos. Al terminarlo, llamó a un botones y le entregó las pruebas con un suspiro de alivio.

—Alguien me dijo que estabas de vacaciones, pesquisa, pero veo que me engañaron.

—Regresé hace unos días.

—Y ya andas en embrollos, como de costumbre. *Okey,* ¿qué te preocupa?

—Hector Ruis Dolera para empezar.

Arrugó el de por sí ya arrugado entrecejo.

—¿Te refieres al hermano del famoso dictador?

—Seguro.

—¿Qué pasa con él?

—Quiero saber todo lo posible sobre el tipo, especialmente lo que hace en sus estancias en nuestro país.

—Eso podría resumirse en una palabra: el crápula.

—Necesito detalles, Morley.

—Bueno, imagina a un tipo untuoso y escurridizo como una serpiente. Péinalo con mucha brillantina, enfúndalo en trajes llamativos de trescientos dólares y con un baúl abarrotado de billetes y tendrás un retrato aproximado del general Hector Ruis Dolera.

—¿Ese es general?

—Y con tantas condecoraciones y medallas que no tiene suficiente espacio en su pecho para colgarlas todas. Otro dato para su biografía, es que tiene ahora veintinueve años.

—Una carrera fulgurante. Sigue, Morley.

—Con eso debería bastarte. En fin, es el mejor cliente de la casa concesionaria de los coches *Jaguar* y *Bentley.* Acostumbra regalarles esas marcas a sus muchas admiradoras, para llamarlas de alguna manera. Luego, cuando se cansa de ellas, las arroja de su lado a puntapiés, y no creas que es una expresión figurada, sino literal. Pero por lo menos jamás les reclama los regalos. Posee una espectacular residencia en Beverly Hills y es un asiduo de todos los tugurios del *Strip,* cuanto menos artísticos mejor.

—Ya veo. ¿Sabes si tiene ambiciones políticas?

—¡No digas tonterías! ¿Para qué las necesita? Gracias a su hermano y su camarilla maneja millones sin preocupación ni esfuerzo alguno.

—¿Has oído hablar de un crédito que los enviados especiales de Ruis Dolera están gestionando con un trust bancario?

—Cincuenta millones poco más o menos. Una buena parte de ellos

volverán aquí por mediación del repelente Hector. Es un cliente fantástico para nuestro comercio local, tú sabes...

—Veamos otro individuo: León Gáñez.

Arrugó el entrecejo una vez más convirtiéndolo en un mapa en relieve.

—Algo he oído de él, pero tendré que consultar el archivo para responderte.

—Lo harás al final. Pasemos a Raul Gallardo, agregado militar en el Consulado de su país.

—Coronel Gallardo —replicó—. Asiste a todas las recepciones diplomáticas que se celebran. Suave como la seda y peligroso como un alacrán, según opinión de quienes le conocen bien.

—¿Qué hay de Alphonse Vaughan, un financiero?

—Caray, muchacho; has venido bien provisto esta mañana... ¿En qué andas metido?

—Quisiera saberlo con exactitud. Te aseguro que me sentiría mucho más tranquilo. ¿Tienes informes de ese Vaughan?

—Seguro. Corre el rumor de que está en una situación económica desesperada. Ha invertido dinero últimamente en algunos negocios que le han fallado.

—¿Qué clase de reputación tiene?

—Buena, en cuanto a sus compromisos. No obstante, es astuto y no vacila en apartar a cualquiera de la competencia valiéndose de toda clase de métodos, pero eso es propio de los grandes buitres de las finanzas.

—¿Estás seguro que está en mala posición económica?

—Sin la menor duda, aunque es algo que se ha mantenido más o menos secreto. Por otra parte, nadie parece tener interés en divulgar semejante circunstancia.

—De manera que no podría invertir capital en un negocio de millones, ¿eh?

—Decididamente no. ¿A qué viene esa pregunta?

—Estoy reuniendo datos. Cuando los tenga todos quizá pueda decirte lo que ahora ignoro.

—Está bien; puedes estar seguro que no podría reunir en metálico más allá de doscientos mil dólares, y eso rebañando hasta las piedras. Nuestro experto de la sección financiera podría detallarte más ese extremo.

—No es necesario. Lo único que me interesa es estar seguro de que Vaughan no está en condiciones de efectuar una gran inversión. Una cosa más, Morley; ¿tienes a mano la dirección de Hector Ruis Dolera?

—Te la anotaré...

Consultó una gruesa agenda y escribió las señas en un trozo de papel manchado de tinta.

—Si se te ocurre visitarlo —refunfuñó—, debes ir con tiento, George. Nunca se separa de un guardaespaldas salvaje y brutal llamado Valero. Más de un fotógrafo de prensa ha visto destrozada su cámara y arrojado de cabeza al asfalto por no mantener las distancias con él.

—Valera, ¿eh?

—Un verdadero orangután, muchacho. Cuídate.

—No he dicho que vaya a visitarlo.

—¿Quieres que eche un vistazo a nuestros archivos para ver si tenemos algo sobre ese León Gáñez?

—No vale la pena que pierdas más tiempo en eso. Ya te llamaré si tengo algo suculento para ti.

—Me sacarías de apuros, chico. El redactor jefe me tiene loco por la falta de emoción en mis reportajes. ¿Cómo demonios quiere que les dé emoción si apenas ocurre nada? Si esto sigue así acabaré escribiendo esas estúpidas notitas de sociedad...

Lo dejé quejándose de su suerte y volví a la calle. Por lo menos en lo que hacía referencia al repugnante Hector, la muchacha había dicho la verdad.

CAPÍTULO V

A última hora de la tarde telefoneé a mí cliente, dándole cuenta de las dificultades con que tropezaba para localizar a León Gáñez.

Todo lo que dijo como respuesta fue:

—Sabemos que es una tarea que entraña esas dificultades, pero estamos convencidos que usted conseguirá salir airoso del cometido. Siga adelante y si necesita más dinero no dude en pedírmelo.

Eso era un estimulante, aunque en aquellos momentos hubiera preferido poder aclarar algunas dudas que me atosigaban. Pero me limité a colgar el teléfono y adopté una postura más cómoda en el sillón.

Durante todo el día no había vuelto a tener noticias de Egerton, de manera que no me quedaba más remedio que aguardar su llamada. Coloqué los pies sobre la mesa, seguro que nadie vendría a escandalizarse por mí postura favorita, y aguardé fumando y pensando en Elsie Vaughan, en su rostro maravilloso y las sugestivas formas de su cuerpo.

Estaba dando cabezadas, un par de horas más tarde, cuando el estridente timbre del teléfono me sobresaltó.

—Habla Grant —mascullé, soñoliento.

—Escúchame bien porque me parece que he dado con algo, George.

La voz de mi ayudante tenía un cierto matiz acuciante.

—Está bien, dispara —dije.

—Vaughan no ha abandonado sus oficinas hasta las ocho, cuando ya hacía horas que el resto del personal había salido. Bueno, en la calle ha despedido a su chófer y ha tomado él el volante, conduciendo hacia el Norte conmigo pegado a sus luces de cola. Así hemos rebasado los Feliz Boulevard. Ha estado en un tris que no lo perdiese por esas malditas calles de las montañas de Santa Mónica...

—Al grano, Jack —le apremié.

—Resumiendo; ha detenido el coche en una calle tranquila bordeada de jardines. Después he comprobado que su nombre es Spring Oak Drive, y el auto se ha parado frente al número 1909.

—Bueno, pero ¿ha entrado en la casa?

—Eso es lo extraño, George. Ha detenido el coche, pero no se ha apeado. Medio minuto después ha reanudado la marcha y ha regresado a sus oficinas.

—¿A estas horas?

—Cómo te lo digo.

—Quizá ha descubierto que le andabas pisando los talones.

—No lo creo. Pero aunque así fuera, ¿por qué se ha parado delante de esa casa? Ha cerrado el contacto, apagando el motor, como si se dispusiera a dejar el coche... Opino que deberías dar un vistazo a la casa en cuestión, George.

—Voy a hacerlo ahora mismo. Sigue detrás de Vaughan y llámame cuando puedas, pero a mí apartamento. ¿Comprendido?

—Seguro. Comienzo a cansarme de esa rutina.

—Mejor así. La animación, con esos tipos en juego, resulta desagradable.

Colgué y pude abandonar la oficina cuando ya la noche obligaba a encender las luces de las calles.

Necesité consultar un mapa de la ciudad para localizar el paraje que Jack me había descrito. Después, conduje a toda velocidad, pero no directamente a la dirección que me interesaba, sino que di un rodeo para sacudirme a mis posibles perseguidores.

Fugazmente, pude distinguir el *coupé* azul cuando quedó clavado por una luz roja respaldada por un guardia. Allí lo dejé, cambié de rumbo y, ya tranquilizado, enfilé directamente el que me interesaba.

La casa era un *bungalow* de reciente construcción en un barrio tan nuevo como la casa. Pasé de largo dedicándole un distraído vistazo, doblé la primera esquina y detuve el auto pegado a la acera, de manera que hube de regresar a pie, escrutando los alrededores.

No vi nada sospechoso ni alarmante. Era noche cerrada y la calle estaba bien alumbrada con modernas luces de mercurio, de manera que no ofrecía muchos escondites para cualquier vigilante.

El *bungalow* estaba a oscuras a excepción de una ventana lateral, aunque protegida por una espesa cortina a través de la cual era imposible distinguir el interior.

Salté la verja de madera que protegía el jardín de la casa vecina, me deslicé como un piel roja en pie de guerra y así pude penetrar en la propiedad que me interesaba, por el seto que servía de separación entre las dos.

Avancé hasta el pie de la ventana, pero por más que escuché no pude oír el más leve rumor de conversación. Dudé entre llamar a la puerta o penetrar subrepticiamente, arrostrando las consecuencias.

Sabía lo que me jugaba si los ocupantes de la casa me conocían. Y si

resultaba que me metía en el domicilio de un honesto y pacífico ciudadano sin pedir permiso me exponía a ser acusado de allanamiento y asalto a mano armada... porque no iba a entrar con las manos en los bolsillos precisamente.

Después de un corto reconocimiento llegué a la conclusión de que todas las posibles entradas estaban aseguradas por sólidas cerraduras, así que acabé plantándome ante la puerta y oprimiendo el botón del timbre un par de veces.

Mientras aguardaba saqué el «38» de la funda axilar y lo mantuve empuñado dentro del bolsillo.

Escuché unos pasos que se acercaban a la puerta con cierta precaución. Después, una voz de hombre preguntó:

—¿Quién está ahí?

Era una voz ronca, pero cultivada. Apenas si conservaba un leve acento, casi inadvertible a menos de estar esperando oírlo.

—Policía —anuncié con desfachatez—. Abra la puerta, por favor. Es solo cuestión de un momento, el tiempo de comprobar unos datos en su pasaporte.

—Páseme su credencial por debajo de la puerta, para estar seguro de su identidad.

—¿Qué demonios cree que es esto? —grité autoritariamente—. Si desea armar un escándalo que levante a todos sus vecinos, por mí adelante, pero no le mostraré mis credenciales mientras no abra esa puerta. Decídase.

Lo pensó por espacio de un minuto. Finalmente, accedió y dijo con irritación:

—Está bien, pero protestaré por esta injerencia a altas horas de la noche.

—Apenas son las nueve y media, pero puede presentar todas las quejas que desee.

Abrió la puerta, mostrándome el oscuro interior. No debía de haber otra luz encendida en toda la casa a excepción de la que alumbraba aquella ventana.

Entré resueltamente, siguiendo con mi papel, gruñendo al mismo tiempo.

—¿Qué diablos significa esa oscuridad? No me diga que...

—¡No se mueva!

Algo duro se incrustó en mi espalda el tiempo justo de convencerme que había un revólver apuntándome. Luego se apartó, demostrándome que tenía que habérmelas con un experto. Si hubiese cometido el error de seguir

presionando mis costillas con su arma hubiera podido revolverme, apartar el arma antes que disparase y entablar una lucha. Sin embargo, separándose, escapaba a mí inmediato alcance.

—Siga recto hasta el fondo —ordenó—. Verá una puerta con luz encendida al otro lado. Ábrala y deténgase en el umbral para que pueda verle.

—Va a ver lo que le cuesta esta agresión —protesté, siguiendo con mi papel—. Si cree que estamos en su país...

—Adelante —ordenó con calma, pero me propinó un empujón que me lanzó dando traspiés en la oscuridad.

Descubrí la delgada línea de luz por debajo de la puerta indicada. La abrí de un puntapié y me detuve en el umbral. El habló con la misma helada calma.

—Si es usted realmente un policía —dijo—, podré explicarle mi actitud y demostrarle que tengo licencia para portar armas. Si es un impostor... Vuélvase, por favor.

Ahora ya no disimulaba tanto el acento de su voz, delatando su origen sin la menor duda.

Me volví y dejé que me estudiara de manera impertinente. Yo hice lo mismo con él y me encontré mirando cara a cara al original de la fotografía que me había dado Gallardo...

Había encontrado a León Gáñez, el coronel revolucionario.

—¿En qué bolsillo lleva sus credenciales? —inquirió.

—A la derecha de mi chaqueta.

—Debe llevar el revólver en la izquierda, naturalmente.

—¿Por qué no lo comprueba? Y acabe ya con esta mascarada.

Levanté la mano para sacar mi credencial, con la intención de distraerle. Pero detuve el ademán a la mitad sintiendo un escalofrío recorrerme de arriba abajo. Vi su dedo índice tensarse en el disparador... la presión blanqueó la articulación y no faltó ni una centésima de pulgada para que me mandara al infierno.

—Usted no es policía —mascculló—. Abra su chaqueta... así; ahora saque sus documentos con dos dedos y déjelos caer al suelo...

Obedecí. El fulano estaba decidido a meterme un plomo a la menor señal de peligro. Comencé a preocuparme de veras, porque cuando leyera mis documentos me identificaría como el detective encargado de descubrirlo y entonces se pondría bruto...

Claro que todavía me quedaba el «38»...

—Retroceda unos pasos ahora —me espetó.

Al separarme, él pudo inclinarse para tomar mi credencial, que examinó sin dejar de apuntarme.

—¡Policía! —exclamó con sarcasmo—. ¡Un detective privado...! Un sucio fisgón, chantajista como todos...

—No se dispare, amigo —protesté—. No es usted el tipo más indicado para reprocharme nada...

—Además impertinente —refunfuñó, mirándome despectivamente, con tal expresión de asco que parecía estar oliendo un pescado podrido.

—Tan impertinente como quiera —le solté sin reflexionar—. Pero hasta este momento no me han sentenciado a muerte.

Palideció de manera increíble.

—Indudablemente —silbó entre dientes—, es a mí a quién está usted buscando...

No terminó de hablar. Volteó el brazo y me estampó el cañón del revólver en la mejilla.

Sentí como si me fuera a estallar la cabeza y caí de espaldas, con todas las furias del infierno rugiendo en mi pecho.

Di una vuelta sobre mí mismo, quejándome. Pero cuando me incorporé de un brinco tenía mi «38» en la mano y apuntado a la barriga del altanero coronel.

—Bueno —jadeé—. Veamos qué tal le sienta su propia medicina, bastardo.

Desorbitó los ojos, estupefacto por la súbita aparición del revólver. Quedóse tieso, rígido, con la muñeca lacia y su arma apuntando desmayadamente a mis pies.

—Le concedo ventaja —dije rechinando los dientes—. Apriete el gatillo antes que lo haga yo... ¡Vamos, hágalo, matón!

Por un instante pensé que iba a hacerlo y todo el frío del universo penetró en mis huesos. Luego, aflojó los dedos y su arma rebotó en el suelo.

—No pienso suicidarme —murmuró—. Soy demasiado importante para mí país y no voy a desaparecer estúpidamente.

—¡No me diga! Retroceda —ordené—. ¡Y no haga que tenga de repetir las órdenes, maldita sea!

Saltó hacia atrás y yo me apoderé de su revólver, que guardé en mi bolsillo. Estaba pálido como un muerto, pero no me pareció asustado en absoluto. Su palidez era producida por la ira y el despecho. Todo su orgullo de militar se rebelaba al verse impotente ante quien él mismo había calificado de sucio pesquisa...

—Bueno, coronel, ahora vamos a discutir usted y yo un par de asuntos. Y le advierto que puedo utilizar unos métodos tan brutales y salvajes como los que emplean los guardaespaldas de su querido presidente. ¿Cómo los llaman ustedes...? Ya recuerdo: *gorilas,* ¿no es así?

Rechinó los dientes, impotente.

—¿A qué ha venido aquí? —consiguió balbucear.

El furor le dominaba y apenas si se le entendía.

—Alguien me encargó buscarle, coronel. Me ha costado dar con usted, pero parece que me he ganado mis honorarios.

—¿Puedo preguntarle quién le hizo ese encargo?

—Lo sabe muy bien, *mi amigo* —le espeté burlonamente—. Parece ser que sabe demasiadas cosas al respecto. Sus esbirros son más eficientes que usted.

—¿Mis...? —se interrumpió, al parecer mudo de asombro. Luego, vacilante, preguntó—: ¿Insinúa que tengo hombres a mis órdenes... aquí?

—Nada de insinuaciones. Lo afirmo, coronel. Fueron sus hombres los que colocaron una bomba en mi auto.

Solo por eso le haré engullir su brillante dentadura antes de informar a mí cliente que he dado con usted.

—¡Aguarde un momento, por favor! —exclamó, reaccionando—. Le doy mi palabra de militar que he venido solo a este país. No tengo a nadie bajo mis órdenes. Debe haber una confusión en alguna parte... Créame, yo soy el primer interesado en aclararlo. ¿Conoce a los hombres que pusieron esa bomba?

—No, pero usted sí sabe quiénes son, puesto que trabajan bajo sus órdenes. Lo han dado a entender claramente a través del teléfono, cuando me han amenazado por dos veces con matarme si no dejaba de buscarle a usted.

—¡Absurdo! Forzosamente alguien está aprovechándose de...

Se interrumpió bruscamente, como asaltado por una súbita idea. Tras unos instantes masculló:

—Creo que podré convencerle de mi sinceridad... Además, quiero aclararlo todo. No puedo correr el riesgo de que alguien utilice mi nombre en las presentes circunstancias. De mí depende el futuro de mí Patria y he de cumplir esta misión por encima de todo y de todos.

—Incluso matando y asesinando a mansalva, ¿eh, coronel?

—Si la Patria lo exige, sí. He sido elegido para llevar a cabo la gran tarea de restaurar la justicia en mi país, eliminando a los hombres que hasta ahora lo han empobrecido y desprestigiado. Nada podrá detenerme...

absolutamente nada.

Hablaba como un fanático, convencido de su propia grandeza. No me cupo duda que él mismo estaba convencido de la gran importancia que creía tener.

Un ególatra sin duda alguna.

Un tipo que podía llegar a ser más despiadado todavía que el dictador que le había condenado a muerte meses atrás, porque cometería los crímenes más abyectos en nombre de un ideal sagrado para él...

Afortunadamente, quien tenía las armas en la mano era yo por el momento, así que podía tirar un poco más de la cuerda antes de decidir qué debía hacer con él.

—Escúcheme, Gáñez...

—¡Coronel Gáñez! —gritó, iracundo—. No tardaré en ocupar el más alto puesto en mi país y tal vez entonces le exija cuentas de su desvergonzada falta de respeto.

Lo trágico de eso era que podía llegar a ser cierto. Y no me parecía trágico por lo que me atañía a mí, sino por los sufridos habitantes del bello y acogedor país en que había gozado unas vacaciones inolvidables.

—Hasta que ese momento llegue —dije fríamente—, no le queda otra solución que tragarse el orgullo y digerirlo con bicarbonato. Conozco los tipos como usted, coronel, y sé de lo que son capaces. Pero el problema ahora es otro... Usted está aquí para negociar un fuerte préstamo con algunos capitalistas. Parece ser que tiene probabilidades de obtenerlo y...

—¿Probabilidades? ¡Con toda seguridad! Ellos han comprendido que encamo la justicia para mis compatriotas...

—No empiece otra vez... No va a convencerme a mí de que esos financieros van a regalarle un puñado de millones solo para librar a su país de un dictador y colocar otro en su puesto. Usted deberá hacerles tremendas concesiones para conseguir ese dinero...

—¡Maldito sea! Voy a demostrarle cuán equivocado está, y luego le exigiré explicaciones por su actitud...

Se movió rígidamente dirigiéndose a una mesa adosada a la pared, a la derecha de la puerta.

—¡Eh, quieto ahí, coronel! —ordené, saltando a un lado para cerrarle el paso.

Entonces cometí un tremendo error. Me coloqué de espaldas a la puerta, sin advertirlo siquiera, furioso por la despectiva actitud del coronel, que ni se inmutó por mí seca orden y siguió avanzando.

Entonces el mundo estalló entre un surtidor de chispas, o quizá fue mi

cabeza la que explotó en medio de una llamarada. Lo cierto es que me desplomé de bruces y ya ni siquiera noté el batacazo contra el suelo...

CAPÍTULO VI

La primera sensación que experimenté cuando los sentidos regresaron de su largo viaje, fue que tenía un piano sólidamente asentado sobre mi nuca. El tremendo peso me aplastaba la cabeza, manteniéndome pegado a alguna parte.

Luego comprobé que no existía tal piano y pude moverme lo suficiente para llegar a la conclusión de que todavía estaba vivo.

Pero para lograr ese convencimiento fue preciso hacerlo a través de un sablazo de dolor que amenazó con partirme el cráneo por la mitad. Luego se apaciguó, extendiéndose en una oleada por todo el cuerpo.

Parpadeé, luché por aclarar mi visión y advertí que me encontraba tirado en el suelo de una habitación iluminada.

La misma habitación donde habíamos discutido el coronel León Gáñez y yo.

A poca distancia de mi cara había un revólver del «38», modelo *«special»* de cañón corto.

Mi propio revólver.

Maldito si me había servido de nada.

Me debatí entre un fuerte oleaje de náuseas y dolor hasta conseguir sentarme en el suelo. Alargué la mano y tomé el revólver. A pesar de mi aturdimiento, lo examiné cuidadosamente para asegurarme que no faltaba ningún cartucho.

Tranquilizado, comprobé que estaba intacto, de manera que lo guardé en la funda axilar. Entonces comencé a preocuparme por el hecho de estar vivo todavía. Eso, a mí entender, resultaba inexplicable dadas las circunstancias.

Arrastrándome igual que un gusano, busqué el cuarto de baño. Después que salí de él no estaba ya tan impecable como antes de mi visita, pero mi cabeza había regresado sobre los hombros e incluso podía comenzar a devanarme los sesos sin que me estallaran en pedazos.

Me habían tenido en sus manos, inconsciente e indefenso, y me habían dejado vivo. ¿Qué les habría costado rebanarme el pescuezo? A fin de cuentas, ya habían intentado darme el pasaporte una vez por medio de una bomba capaz de convertirme a mí y a mí coche en polvo sideral...

Decididamente, resultaba para volverse loco.

Además, ¿dónde estaba el coronel?

¿Y dónde el bastardo que me había sacudido con un demoledor rompecabezas?

Recorrí todo el pequeño *bungalow* sin hallar el menor rastro de ser viviente alguno. Tampoco pude encontrar nada que pudiera identificarse como personal y perteneciente a León Gáñez. Se habían dado prisa en vaciar los armarios y cajones, teniendo en cuenta que a lo sumo había permanecido inconsciente veinte minutos.

Aunque era razonable pensar que el coronel no viajaría con ningún exceso de equipaje en sus particulares circunstancias...

Lo único que habían olvidado era el revólver de León Gáñez en mi bolsillo. Ni siquiera se habían tomado la molestia de registrarme.

No recuerdo exactamente cómo salí de allí, ni si apagué la luz al marcharme. Mis siguientes recuerdos coherentes se reanudan cuando me encontré aferrado al volante de mi convertible viajando por los tortuosos caminos de Santa Mónica en busca de tierras más civilizadas.

Recibí otra sorpresa al llegar a mí apartamento y distinguir luz por debajo de la puerta. Rechiné los dientes ante la perspectiva de sorprender a un intruso allí dentro y hacerle pagar todo el furor que se había acumulado dentro de mí.

Así que saqué una vez más el revólver, introduje la llave en la cerradura con infinito cuidado, la hice girar con infinitesimal lentitud, y, al fin, empujé brutalmente la puerta colándome dentro de un salto con el dedo tensado sobre el disparador.

Egerton se levantó del diván con el estupor reflejado en su cara de sueño.

—¿Qué demonios significa eso, muchacho? —tartajeó.

—En tu vida has estado más cerca de recibir un trozo de plomo. ¿Cómo demonios has entrado aquí?

—La puerta estaba abierta —explicó tranquilamente—. Y si te molestas en echar un vistazo a tu alrededor descubrirás evidentes señales de que alguien ha registrado esto de arriba abajo.

Tenía toda la razón del mundo. El intruso no se había tomado la molestia de disimular su visita y las huellas de su paso eran tan claras como las de un elefante en el barro.

—Es lo único que me faltaba esta noche —refunfuñé.

—Es cierto que tienes mal aspecto, George. ¿Alguien te ha estado sacudiendo en aquella casa?

—Tú lo has dicho... ¿Ha quedado algo de *whisky* por casualidad?

—La botella es lo único que he tocado, para que lo demás estuviera tal cual a tu llegada. Pero no la he vaciado si es eso lo que tratas de achacarme.

No le repliqué. Durante los siguientes minutos me apliqué a engullir una considerable cantidad de mi *whisky* de importación.

Después de eso mi estómago pegó un par de saltos y acabó asentándose en su lugar, no sin violentas protestas que apenas pude contener. Entonces estiré las piernas en el diván y me recosté cómodamente, relajándome.

—Bueno —gruñó Jack—, si tienes algo que decirme hazlo ahora, antes que me largue a dormir de una maldita vez.

Le conté mi aventura en casa de Gáñez y creo que mi tono resultó más bien tétrico.

—Así que descubres a ese individuo, te tumban de un porrazo y luego te dejan vivo. No lo entiendo.

Me encogí de hombros.

—Quizá hayan concluido su negocio —comenté—. Si fuera así ya no les interesaría liquidarme. Un asesinato solo podría reportarles complicaciones precisamente cuando menos pueden desearlas.

—No es una explicación que me convenza. ¿Qué piensas hacer ahora?

—Reanudar la búsqueda de ese pájaro. ¿Sabes lo que creo?

—Dímelo —murmuró, suspirando con resignación.

—Pues que te descubrieron cuando seguías a Vaughan. Debieron verte en el momento en que él reanudó la marcha... y prepararon esa trampa para cazar al curioso que fuera allí a meter las narices. Opino que me he portado como un estúpido, Jack.

—No esperes que te desmienta —comentó.

—Aprovecha esta noche para dormir —le recomendé—, porque a partir de mañana vamos a intensificar la campaña. Este asunto se ha convertido en una cuestión personal que habrá que resolver. ¿Entendido?

—Ya conozco los síntomas. Cuídate, George. Yo en tu lugar aseguraría la puerta esta noche.

Se fue como si le persiguieran.

Agarré la botella y me tumbé en el diván. Entre trago y trago me entretuve en evocar la figura y la personalidad del coronel Gáñez. Me dio escalofríos recordarlo. Aquel hombre, ocupando la presidencia de su país, podría resultar espantosamente implacable impulsado por su ciego fanatismo, autoconvencido como estaba de ser el elegido para regir los destinos de su torturada Patria...

Eso me hizo pensar en la bellísima Elsie y en su fe en aquel hombre. Claro que la muchacha era casi una chiquilla, ofuscada por la altisonante

palabrería del coronel... alguien debería abrirle los ojos sin tardanza.

Cuando la botella hubo descendido de contenido hasta casi quedar vacía, me incorporé lo justo para coger el teléfono y llamar a la Central, donde pedí hablar con el teniente Russell.

Me dijeron que no estaba de servicio, de manera que colgué y marqué después el número de su domicilio.

Comprendí que le había roto el sueño con mi intempestiva llamada. Su voz resultó gruesa y ronca cuando inquirió quién le llamaba.

—Grant —dije—, o lo que queda de mí.

—Eres tan oportuno como la lepra, muchacho —rugió—. Después de dos noches de no pegar un ojo, se te ocurre despertarme justamente cuando había logrado quedar dormido... ¿Dónde tienes la bomba esta vez?

—Dentro de mi cráneo.

—¿Dentro de...? ¡Maldita sea, George! Sacarme de la cama para una estupidez semejante...

—Aguarda. Dime qué han averiguado tus expertos sobre el petardo de mi coche.

—Muy poco. Es de fabricación casera, aunque construida por un experto en la materia. Según Goldberg, el perito, pocas veces ha visto una bomba de artesanía tan perfecta como esa.

—¿Ha podido identificar la procedencia de los elementos que componen ese artefacto?

—Lo único que puedo decirte es que la mayoría de ellos pueden adquirirse libremente en el mercado. Individualmente no son peligrosos en absoluto. Pero manipulados por alguien que sabe lo que lleva entre manos...

—Ya sé, ya sé. Total, que no hay una sola pista para encontrar al que colocó el trasto en mi auto. ¿No es eso?

—Desgraciadamente, así es. Si no fuera porque hace años que desapareció, pensaría que eso era cosa de Henry Gallancz. ¿Te acuerdas de él?

—Vagamente... ¿Opina lo mismo tu experto?

—Él no conoció a ese diablo, pero ha oído hablar de Gallancz. Cree que el que ha fabricado esa bomba es un digno discípulo suyo.

—Y dices que desapareció hace años. ¿Quieres decir que murió?

—Pudiera ser. Nunca hemos vuelto a oír hablar de él, y ya sabes que era una celebridad en su ambiente.

—Está bien, amigo; que descanses —dije, cortando la comunicación.

Después de una lucha conmigo mismo, acabé decidiéndome a dar otro paso antes de meterme en cama.

Desnudándome, me metí bajo la ducha caliente. Dejé que el agua se llevara la dolorosa laxitud de mis miembros. Después di paso al chorro de agua fría y resoplé tiritando hasta que me sentí relativamente reconstruido, con cada piececita de mi dolorido cuerpo funcionando justo en el lugar que le correspondía.

Tras eso me froté vigorosamente con una áspera toalla, me vestí con ropas limpias, cargué con el revólver y me largué otra vez con una idea zumbando en mi machacada mente.

Quizá Anchen, el propietario del *Pingüino Rojo,* pudiera aclararme las dudas que esa idea despertaba...

CAPÍTULO VII

—¿Henry Gallancz? —se asombró Archer al escuchar mi pregunta—. ¿Por qué te interesas por él, George?

—De momento dime si vive o está muerto.

—Vive.

Tomó su copa y bebió la mitad de su contenido con evidente placer. Hizo una seña indicándome que mi *whisky* estaba esperándome y le hice los honores.

La orquesta desgranaba una melodía lenta y sensual que arrastraba a las parejas con su influjo, arremolinándolas en la pista tratando de ocupar el menor espacio posible.

La mayoría de las mesas estaban ocupadas. El dueño del local y yo nos acodábamos al mostrador, casi libre de clientes a aquella hora.

—¿Conoces su dirección, Willy? —indagué.

—Sí.

—No pareces muy dispuesto a hablar. ¿Qué pasa con ese fulano, está en tu nómina acaso?

—No digas sandeces. Gallancz debe tener ahora sus buenos sesenta y cinco años.

—Eso no debe impedirle utilizar las manos y la vista, digo yo.

—¿Qué es concretamente lo que te preocupa, George?

—Bueno, alguien colocó una bomba en mi coche.

Solo a la casualidad se debe el que ahora pueda contarlo. La policía opina que la persona que la fabricó, es un digno discípulo de Gallancz.

—¿Una bomba en tu auto? ¡Demonio! ¿Por qué?

—No estoy muy seguro, por eso quiero hablar con Gallancz. Quizá él sepa quién es capaz en la actualidad de hacer un trabajo tan perfecto.

—¿Y crees que te lo dirá, a ti, un detective?

—He convencido a toda clase de tipos a soltar la lengua en varias ocasiones, Willy. Ese Gallancz no será una excepción.

—No podrás utilizar sus métodos contra un anciano de sesenta y cinco años, muchacho.

—Está bien, ¿qué me aconsejas para que suelte la lengua?

Se rascó la nuca unos instantes, preocupado. Lo único que consiguió fue alborotarse más su blanca cabellera.

—Veré qué puedo hacer —refunfuñó—, pero no me gusta meterme en esto. Gallancz es un tipo que vive retirado hace años.

—¿Viviendo de sus rentas? —ironicé.

Soltó un bufido y se alejó, desapareciendo por la puerta que conducía a su oficina privada.

Tuve tiempo de beber otro *whisky* doble antes que regresara.

El calorcillo del alcohol subió de grado en mi estómago, haciendo que me sintiera casi en plena forma.

Archer dijo:

—Va a venir aquí, George. Hablaremos con él en mi despachó.

—Eres el mejor tipo del mundo, Willy, pero puedes dejar el asunto en mis manos. Yo hablaré con él y...

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Nada de eso. Quiero estar presente.

Me encogí de hombros resignadamente.

—Como quieras. No pensaba hacerle ningún daño al viejo.

Pero cuando llegó me asombró la vigorosa apariencia de aquel hombre. Se conservaba fuerte y erguido como un hombre de cuarenta años. Solo en su rostro surcado de arrugas se advertía su verdadera edad.

Archer nos condujo a su oficina y cerró la puerta por dentro. Después fue a instalarse detrás del escritorio y desde allí miró al viejo perito en explosivos.

—Henry... —dijo.

—Mándeme, señor Archer. Me he alegrado mucho al comprobar que todavía se acuerda de mí.

—Nada de rodeos, Henry—le espetó el ex *racketer*—. Voy a hacerte unas preguntas. Quiero las respuestas exactas, sin rodeos, sin vacilaciones y sin embustes. Si tratas de mentirme lo pasarás mal... y la sabes que yo nunca amenazo en vano.

—No necesita amenazarme. Siempre he cumplido sus órdenes al pie de la letra.

—Eso pasó a la historia. Vamos a ver, ¿has fabricado uno de tus petardos últimamente?

El hombre enarcó las cejas.

—Miré, yo...

—¿Sí o no, Henry?

—Sí —suspiró, atemorizado—. Pero no me diga que lo utilizaron en uno de sus coches, patrón. Me juraron que...

—¿Quiénes? —le atajó Archer.

—Fueron dos tipos, usted sabe. Le juro que al principio no quise saber nada del asunto. Ya no estoy en forma y una condena ahora sería mi muerte...

—Pero les fabricaste un petardo capaz de volar un acorazado.

—Me obligaron, patrón.

—¿Cómo que te obligaron?

—Comenzaron por ofrecerme cien dólares. Me negué. Subieron a ciento cincuenta, a doscientos...

—Y accediste.

—¡Diablos, no! Continué negándome. Entonces me dijeron que sus amigos me liquidarían si me negaba a colaborar... Acabaron entregándome quinientos dólares, pero me pusieron una pistola bajo la nariz para recordarme lo que me esperaba si no hacía el trabajo. Después, uno de ellos siempre estuvo a mí lado para asegurarse de que cumplía la orden.

—Ya veo. Solo dime quiénes eran y podrás largarte en paz.

—No los conozco, patrón.

—¿Quiénes, Henry?

La voz de Archer había bajado unos tonos y era tan cortante como una hoja de afeitar.

Gallancz tragó saliva, desvió la mirada y luchó por decidirse.

Al fin dijo:

—Es cierto que no sabía sus nombres. También lo es que a uno de ellos no lo había visto jamás, pero el otro es uno de los muchachos de John Bacon.

—¿Seguro que no conoces sus nombres?

—Palabra, jefe.

—Está bien, lárgate. Como me entere que vuelves a las andadas les soplaré las orejas a los polizontes, Henry. No quieres darte cuenta que los tiempos han cambiado y acabarás mal.

Salió como alma que lleva el diablo. Cuando se hubo cerrado la puerta, Archer rio con buen humor.

—Ha resultado más fácil de lo que imaginaba. Ya sabes todo lo que te interesaba, aunque te aconsejo que te olvides de esto. Bacon es un mal bicho, traicionero y peligroso.

—Yo también puedo serlo si me obligan, Willy.

Se encogió de hombros.

—Me gustaría ver a Bacon colgado de una cuerda —gruñó repentinamente—. Pero no quisiera asistir a tu entierro, George. Ándate con mucho cuidado.

Me acompañó a la sala y casi me empujó hacia el bar.

—Vamos a tomarnos la última copa —decidió—. Solo aguarda un minuto. Hay algo que debo resolver antes que me olvide.

Mientras esperaba, hube de reconocer que estaba desconcertado. ¿Qué demonios significaba un pistolero como Bacon en un embrollo que hasta entonces había sido exclusivamente político y revolucionario?

No pude descubrir el nexo de unión entre ambas facciones del problema.

Archer volvió al cabo de unos minutos, sonriendo y tranquilo como siempre. Bebimos y brindamos por el futuro y al acabar me largué dejándole la cuenta.

Había tenido un día y una noche endiabladamente duros. Estaba agotado y mi cuerpo pedía a gritos un merecido descanso, así que hice caso de sus llamadas y me encaminé a mí apartamento, donde me acosté casi sin fuerzas para desnudarme. Antes de quedar dormido, como una pesadilla, el nombre de John Bacon danzó insistentemente en mi mente... hasta que también se esfumó y entré en un paraíso de olvido y de paz.

CAPÍTULO VIII

No le dediqué mucha atención al registro de que había sido víctima. No había nada en el apartamento que pudiera comprometerme, y si lo que habían estado buscando eran datos de mis pesquisas tras el coronel Gáñez debieron llevarse un buen chasco.

Acabé de vestirme, comprobé el buen funcionamiento de mi revólver y me encaminé a la oficina trazándome planes para las próximas horas.

Un nombre encabezaba esos planes: John Bacon.

No era muy esperanzador como principio.

Sin embargo, tan pronto entré al vestíbulo del edificio donde tenía mi despacho, el nombre de Bacon se fue al diablo junto con todo lo demás.

Porque, luciendo toda su juvenil belleza, Elsie Vaughan estaba esperándome cerca de los ascensores.

—No puede decirse que sea usted muy madrugador —me reprochó, mientras su mano se perdía entre mis dedos.

Tenía una piel suave y tibia. De toda su figura se desprendía el sugestivo aroma que yo había soñado desde que la vi por primera vez.

—Si hubiese sabido que usted estaba aquí hubiera venido hace horas. Vamos, Elsie; subamos a la oficina.

Entró en el ascensor y se quedó allí, rígida y muda, mirando fijamente la brillante superficie de las puertas.

Una vez arriba le ofrecí asiento y fui a instalarme en mi sillón.

—¿Ya no tiene miedo de que la vean los espías que me siguen?

—No podía aguardar durante todo el día que se me presentase la oportunidad de hablarle a solas...

—Me alegra mucho que haya venido. He pensado mucho en usted desde la otra noche.

—Eso podría ser muy halagador en otras circunstancias, señor Grant. Ahora... bueno, supongo que le di suficientes motivos para que siguiera pensando en mí de manera poco halagüeña...

—Nada de eso. He pensado en usted como mujer, no como partidaria del coronel Gáñez. ¿Es que no se mira usted al espejo, Elsie?

Sonrió y desvió la mirada. Entonces dijo con voz titubeante:

—He vuelto a verle porque también esta vez papá me lo ha rogado.

—Eso echa por tierra mis ilusiones. ¿Qué quiere su padre ahora?

—El... bueno, yo... —aspiró aire con fuerza y tras esto habló precipitadamente, como si temiera que le fallase la voz en cualquier instante—: Papá desea entrevistarse con usted directamente.

—¿Quiere intentar apartarme de mi trabajo por su propia cuenta?

—No sé de qué quiere hablarle, aunque lo imagino. La realidad es que el pobre está muy inquieto y decaído. Hay algo terrible que le preocupa.

—¿Qué es ello?

—No lo sé, pero desde anoche que está intranquilo. Nunca lo había visto tan decaído.

—Bien, quizá sus preocupaciones se deben a contrariedades financieras...

—¡Oh, no! Conozco a papá lo suficiente para darme cuenta de estas cosas. Ya sé que su situación actual es crítica, pero también lo era días atrás y en ninguna ocasión se mostró con actitud que le domina ahora. ¿Vendrá usted a verlo?

—¿No teme que nos estén vigilando? Si descubren que me pongo en contacto con su padre puede desencadenarse una ola de violencias.

—Es preferible correr ese riesgo a prolongar por más tiempo la angustia de papá.

—No tengo inconveniente en acompañarla —dije con poca convicción —, aunque no confíe mucho en esta entrevista. Poco es lo que puedo hacer por él, además de que militamos en campos apuestos en este asunto. ¿Lo ha olvidado?

—¿Cómo podría olvidarlo? Pero algunas cosas de las que me dijo usted me han dado mucho que pensar. Ya no estoy tan segura de mi misma como anteriormente.

—Antes de irnos, Elsie, me gustaría aclarar un punto que todavía sigue a oscuras. Usted me dijo la otra noche que había procurado esconderse de las miradas de mis perseguidores porque les temía. ¿No fue así?

—Y sigo temiéndoles todavía.

—No obstante, usted está de parte de León Gáñez.

—Así es.

—Bueno, entonces su actitud no tiene ningún sentido. Los hombres que vigilan mis pasos son secuaces del coronel Gáñez. ¿Por qué les tiene tanto miedo?

Me miró con tal expresión de estupor que casi parecía creer que tenía que habérselas con un loco.

—¡Está equivocado! —exclamó con vehemencia—. Esos bandidos no son partidarios del coronel. Al contrario.

—¿Cómo al contrario? Intentan impedir que encuentre a León Gáñez, y eso solo pueden desearlo sus esbirros.

—¿Ellos... quieren evitar que usted encuentre a mí tío?

—Exactamente.

—No lo creo.

—No sea obstinada. Me lo ordenaron por teléfono, dos veces. Es más; me advirtieron al mismo tiempo que sería vigilado continuamente. ¿Quién diablos creía usted que eran?

—Secuaces del dictador al servicio del consulado. Y sigo creyéndolo a pesar de lo que usted dice.

—Decididamente, es usted sorprendente sacando conclusiones. Si precisamente es el consulado quien desea localizar a Gáñez. ¿Cómo va a mandar hombres contra mí para impedirlo?

—¿No comprende? No desean evitar que lo encuentre. Ellos le espían para saber en todo momento dónde va y qué hace. Así, en el mismo momento que descubra a mí tío ellos lo sabrán también y podrán matarlo.

—¿Y qué supone que harán conmigo si soy testigo de su crimen?

Pasó por alto la ironía de mi voz y farfulló:

—No es difícil adivinarlo.

—Lamento decirle que está totalmente equivocada, Elsie, pero no adelantamos nada discutiendo esa tontería. ¿Ha venido usted en coche?

—En un taxi.

—Entonces la llevaré.

Salimos y a pesar de mis esfuerzos por descubrir a los tipos que controlaban mis pasos no pude ver el menor rastro de ellos. Tampoco el *coupé* azul estaba a la vista. ¿Habrían desistido de seguirme?

Durante el trayecto le pregunté repentinamente:

—¿Han finalizado ya las negociaciones entre los financieros y su tío, Elsie?

Me miró con desconfianza.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Porque ya nadie me sigue. Se han desentendido de mí.

—¿Y qué cree que significa esto?

—Bueno, solo se me ocurren dos alternativas; o que las negociaciones han terminado satisfactoriamente para el coronel, o que este se asustó anoche y decidió no provocar más violencias en Los Ángeles.

—¿Qué se asustó...? ¡Dios santo! ¿Quiere decir que lo encontró usted?

—Seguro, aunque solo conseguí cambiar unas palabras con él. Alguien que permaneció escondido todo el tiempo me golpeó por detrás, dejándome

inconsciente. Cuando recobré el sentido, su tío y mi agresor habían desaparecido. Le aseguro que tengo un chichón como un huevo en la nuca.

—No sabe usted el daño que puede causar, señor Grant, con su actuación.

—Me llamo George, pequeña.

—No cambie de tema.

—Mire, conocí al coronel Gáñez en circunstancias muy especiales, pero me bastaron para darme cuenta de la clase de alimaña que es. Si usted ama verdaderamente la Patria de su madre, debe desear que ese hombre no suba al poder en todos los días de su vida. Sería peor, y mucho más despiadado, que el actual dictador. Está convencido que es un semidiós, el salvador del país... y que cualquier cosa que deba hacer para cumplir su misión está justificada por razones de seguridad. Esos son los más peligrosos, porque matan sin piedad, seguros que cumplen un deber.

—¡Mi tío no es como usted lo describe! Es una persona maravillosa...

—Está bien, dejémoslo. Si se sale con la suya el tiempo se encargará de abrirle a usted los ojos... desgraciadamente.

Seguí sus indicaciones sobre el camino a seguir, hasta que doblamos una esquina para entrar en Evanview Terrace. En aquel instante vi venir al coche lanzado en dirección contraria y apenas si tuve tiempo de girar el volante para esquivar el inminente encontronazo.

Las ruedas de la derecha se encaramaron a la acera y pude frenar a menos de un paso del poste metálico que sostenía el alumbrado público.

El otro auto se alejó con un estridente chillido de sus neumáticos.

—¡Esos salvajes! —barbotó la muchacha—. Han estado a punto de aplastarnos...

No dije nada. Estaba muy preocupado por el incidente, o, mejor dicho, por el coche que lo había provocado, ya que se trataba del *coupé* azul que otras veces había estado pegado a la cola de mi convertible.

Reanudé la marcha después de maniobrar para sacar el auto de la acera y ya no nos detuvimos hasta la verja de su residencia.

Era un buen palacio que trataba de desmentir la apurada situación económica de su propietario.

La verja estaba abierta y ella me indicó que siguiera con el coche hasta el pie de la entrada, pero refunfuñó disgustada por el descuido del jardinero al olvidarse de cerrar las pesadas puertas.

Detuve el coche, entramos en la casa y pude apreciar el exquisito gusto de la decoración. Todo aquello valía una fortuna...

—¡Papá! —llamó Elsie, precediéndome por un espacioso *hall* hacia una

puerta de caoba que estaba a nuestra izquierda.

No obtuvo respuesta y la abrió.

Se detuvo en seco, tan inesperadamente que tropecé con ella y la hubiera derribado de no sujetarla por la cintura. Fugazmente, pensé que resultaba delicioso sentir su cuerpo tenso en mis manos.

Y entonces reaccionó y comenzó a chillar como una loca.

—¡Elsie! —exclamé.

Siguió chillando, horrorizada, de manera que la atraje hacia mí sin mucha delicadeza quitándola de en medio para poder descubrir qué era lo que la aterrorizaba.

Casi me caí de espaldas. En el centro de la espaciosa biblioteca yacía el cadáver de un hombre con un gran orificio en la frente. La sangre todavía se deslizaba de la tremenda herida, yendo a engrosar el charco que se había formado debajo de su cabeza.

La muchacha continuaba gritando y sollozando todo a la vez, histéricamente, perdido el control de sus nervios. Si aquel era el cadáver de su padre no era extraño que ella estuviese al borde de un ataque de nervios.

La apreté contra mi pecho sin acordarme para nada de lo agradable que resultaba tenerla en brazos. Las cosas habían cambiado.

—¡Deje de gritar! —le espeté—. Así no soluciona nada.

Ni siquiera me oyó.

No me quedó más remedio que apartarla un poco de mí y sacudirle un par de bofetadas con la mano plana. Ese tratamiento cortó sus gritos, pero tras un instante en que se mantuvo en suspenso, dio rienda suelta a su desesperado llanto y entonces fue ella la que se refugió en mi pecho.

—¿Era su padre, Elsie? —murmuré.

—Sí... ¡Sí, Dios santo...!

—¿Hay una habitación donde pueda llevarla, pequeña? No puede estar aquí de momento.

—Pero yo quiero estar a su lado... Ha muerto solo... sin ayuda de nadie... asesinado...

La tomé en brazos, levantándola del suelo, y ella hundió la cara en mi hombro. Volví sobre mis pasos y pensé que los dormitorios estarían en el piso de arriba, así que subí las escaleras con mi suave carga, mientras sus cabellos de seda cosquilleaban mi cuello y el contacto dulce de su piel se imponía en mi ánimo a pesar de las terribles circunstancias que nos rodeaban.

Encontré un dormitorio y no perdí más tiempo. La deposité suavemente sobre el lecho, un tanto apurado.

—Debe esforzarse por contener su dolor, pequeña. Voy a llamar a la policía, pero sería conveniente que su médico viniese también para atenderla. ¿Quiere decirme quién es su doctor, Elsie?

Balbuceó un nombre y un número de teléfono, pero siguió llorando desesperadamente.

—Ahora no se mueva de aquí, ¿me comprende? Quédese aquí... ¿sabe si hay algún sedante en la casa?

—No...

—Tendremos que esperar al médico en este caso.

La dejé sollozando y bajé las escaleras a saltos, precipitándome al teléfono. Me protegí la mano con el pañuelo antes de tocar el aparato, después llamé al número que ella me había facilitado, dando cuenta brevemente de lo sucedido, y colgué, solo para levantar el auricular inmediatamente y hablar con el teniente Russell.

—No te muevas de ahí, George —gruñó tras escucharme—. No tardará en llegar un auto-patrulla.

Tardó tres minutos poco más o menos, avisado por radio. Los dos agentes se limitaron a dar un vistazo al cadáver, hacerme un par de preguntas y quedarse allí mirándolo todo con cierta indiferencia.

Quince minutos más tarde, Erny llegó acompañado de los peritos de Homicidios. Apenas si me saludó, ni me hizo ninguna pregunta. Se concentró en el examen del cadáver mientras sus hombres tomaban posiciones.

Entonces hizo su entrada el médico, cargado con un maletín de cuero.

Necesité explicarle una vez más lo sucedido, indicándole al mismo tiempo el dormitorio en que había dejado a la muchacha. Tras esto, se lanzó escaleras arriba y yo busqué una butaca cómoda en la que hundirme. Allí encendí un cigarrillo y esperé a que el teniente dejara de interesarse por el muerto y quisiera escuchar mi historia.

No iba a gustarle lo más mínimo.

CAPÍTULO IX

—Ha sido preciso que un hombre muriese para que te decidieras a contarme todo este embrollo —comentó amargamente, cuando acabé de hablar—. Debería encerrarte sin fianza y obligarte a engullir tu maldita licencia sin masticarla siquiera... ¿Conoces por lo menos la matrícula de ese *coupé* azul?

—No, jamás he podido verla con suficiente detalle.

—Dejando aparte ese crimen por el momento, ¿alguna vez te has enfrentado con John Bacon?

—Jamás. Y no creo haberlo visto nunca tampoco. Pero deja de dar vueltas o acabarás mordiéndote la cola. Bacon está mezclado de alguna manera en este enredo diplomático, revolucionario y financiero. Si no crees eso vale más que dejes de interrogarme de una vez.

—Tómalo con calma. Supongo que te das cuenta de tu error al sospechar que los hombres que te seguían y que colocaron la bomba en tu auto estaban a sueldo de ese coronel Gáñez... Este jamás hubiera mandado asesinar al hombre que era la llave de su plan de empréstitos.

—Entonces, ¿quiénes eran según tu opinión?

—No tengo suficientes elementos de juicio para opinar, pero la idea que te ha expuesto la muchacha no es descabellada, George... pueden haber actuado bajo las órdenes de ese agregado al consulado...

—Tonterías. Él está seguro que recibirá mis informes completos, eso es todo.

—Ya veremos. Vamos a ver cómo se encuentra la muchacha...

El médico le había inyectado un calmante y estaba aplicándole otra inyección cuando llegamos a la puerta. Esperamos y tan pronto el doctor se apartó del lecho nos acercamos nosotros. El matasanos nos advirtió:

—No la cansen; nada de preguntas... Precisa reposo absoluto.

—Solo una pregunta, doctor...

Russell inclinóse sobre la postrada figura. Los ojos rebosantes de llanto se clavaron en él con desesperada fijeza.

—¿Me escucha, señorita?

Me asombró la dulzura que Erny podía imprimir a su voz cuando se le antojaba.

—Sí...

—Sé que había un grupo de financieros que estaba en contacto con su padre. ¿Quién presidía ese grupo, lo sabe usted?

—El señor Mansur...

—¿Davis Mansur?

—Sí...

—Gracias, eso es todo. No la molestará nadie hasta que haya descansado...

Salimos de la habitación. Sentí los ojos de la muchacha fijos en mí todo el rato, y antes de cerrar la puerta me volví para verla.

Estaba mirándome muy fijo.

—Grant...

—Sí, linda.

Hice una seña al teniente para que me esperase abajo y yo volví sobre mis pasos.

—Grant... —repitió débilmente.

—Recuerde que mi nombre es George, pequeña...

—Sí, George... búsquelo usted...

Sus ojos empezaban a cerrarse. Una palidez cadavérica se había adueñado de su hermoso rostro.

—¿A quién, Elsie?

—Al... al asesino...

—Está bien, lo perseguiré vaya a donde vaya.

—Y... y... mátelo.

—¿Cómo?

—Papá era él... hombre más bueno... del mundo...

—Está bien, deje de pensar en todo eso ahora. Descanse...

—Búsquelo, George... y mátelo —repitió obstinadamente.

—Sí, linda...

Tomé una de sus manos. Estaba helada.

—Prométalo... —susurró, ya casi inconsciente.

Me incliné suavemente y la besé en los labios. Pareció revivir unos instantes y sus ojos me miraron de tan cerca que sus largas pestañas aletearon en los míos.

Fue un beso unilateral, pero tan maravilloso que me estremecí solo de imaginar lo que sería cuando pusiera algo de su parte...

Entonces se quedó dormida. Detrás de mí, el médico carraspeó.

—Déjela sola ahora, joven —ordenó—. No le convienen más emociones por el momento...

—Seguro.

Me reuní con Russell en la planta baja. En aquellos momentos estaban llevándose el cadáver y ya nada le quedaba al teniente por hacer allí.

—Lo que me sorprende es que no hubiera nadie en la casa... ningún sirviente...

—El jardinero debía estar aquí, pero quizá lo asustaron, o salió por su propia cuenta. Recuerdo que Elsie se ha quejado por lo que ha creído un descuido de él al no cerrar la verja...

—Bueno, vámonos. Voy a hacerle un par de preguntas a ese financiero y no le gustará lo que pienso averiguar.

—Es capaz de demandarte, Erny —dije, burlón.

—No sería el primero. ¿Quieres acompañarme?

—Sin la menor duda. ¿Utilizamos mi coche?

Dejó el suyo para sus hombres, de manera que conduje siguiendo sus indicaciones.

—Imagino que estará en sus oficinas del *Waldwort Building* —dijo—. Esos peces gordos están tan ocupados que es preciso ponerse bruto para que le reciban a uno...

En realidad, no necesitó emplear la brusquedad para ser introducido en el deslumbrante despacho del potentado. Únicamente que el personal nos miró casi con lástima cuando supieron que éramos policías. Su contacto con la fortuna ajena les había enquistado el sentido de la proporción.

Contra lo que podía esperarse de un hombre que manejaba millones, que controlaba diferentes corporaciones, sociedades o industrias, David Mansur era de baja estatura, delgado y fibroso. Lo único grande en él era su nariz ganchuda y su redonda calva.

—Estoy muy ocupado, teniente —exclamó de entrada—. Puedo dedicarles tres minutos de mi tiempo, de manera que no desperdicien ni un segundo. ¿Qué asunto les ha traído aquí?

Russell apretó las mandíbulas.

—Será algo más de tres minutos —le espetó—. En cuanto al motivo de interrumpir su trabajo se debe al asesinato de su socio, Alphonse Vaughan.

El hombrecillo pegó un brinco en su gran sillón y se inclinó sobre la mesa.

—¿Vaughan asesinado? —balbuceó.

—De un tiro en la cabeza, en su propia casa.

—¿No se trata de un suicidio acaso?

—No hay ningún suicida que se dispare un balazo del «45» en medio de la frente, reventándose la cabeza, y tenga tiempo después de hacer desaparecer la pistola.

Durante unos segundos los dos hombres se miraren como gallos de pelea en una muda confrontación de fuerza de voluntad.

Venció el teniente en toda la línea. El financiero se echó atrás, derrumbándose en el sillón.

—Es espantoso —balbuceó.

—Sí. ¿Por qué ha mencionado usted el suicidio, señor Mansur?

—Ha sido una de esas ideas repentinas... Alphonse estaba en dificultades...

—Ya sé algo de eso, pero acababan de redondear un buen negocio entre todos ustedes, ¿no es cierto?

Comprendí que era un tiro al azar, porque nadie había dicho una palabra que el trato con el coronel estuviera cerrado, no obstante, Mansur enrojeció y le espetó, furioso:

—No tiene usted atribuciones para interrogarme respecto a nuestros negocios.

—Exacto, pero quizá al Departamento de Estado le interese saber quiénes financian una revolución que puede colocar a nuestro país en una postura delicada. Y también el Departamento del Tesoro se interesará por esos millones que están a punto de salir del país... o por los impuestos que ese capital debiera haber devengado. ¿Le parece que ahora tengo más atribuciones, señor Mansur?

Del color rojo, el rostro del hombrecillo pasó al amarillo y luego al gris verdoso. Pero en el fondo de sus pupilas brillantes seguían ardiendo una llama de furioso rencor.

—Pregunte —mascullé—. A cambio de mis respuestas le exijo discreción respecto a cuanto le diga, teniente.

—Veré si puedo mantener discreción sin faltar a mí deber... En primer lugar, quiero saber todos los pormenores de su trato con el coronel Gáñez y la manera cómo se hará efectivo ese dinero. Adelante, y no sea usted ahora quien desperdicie el tiempo.

El judío no debía estar acostumbrado a semejante trato, porque volvió a enrojecer y pareció a punto de replicar violentamente, pero la sombra de los impuestos hundió definitivamente su ira.

—El acuerdo se firmó ayer a última hora. Nuestro grupo de empresa facilitó quince millones de dólares para financiar el armamento y todo lo necesario para armar a los revolucionarios.

—Un momento. ¿Entregaron ustedes ese dinero al coronel Gáñez?

—¿Cree que somos un puñado de locos inconscientes? —explotó, indignado—. ¡Claro que no le entregadnos ese dinero! El recibirá las armas

y todo cuanto necesita, nada más.

—¿Dónde han ido a parar los millones entonces, señor Mansur?

Suspiró y su rostro se contrajo en una mueca de dolor al pensar en los peligros que se cernían sobre el éxito de su negocio.

—Le fue pagado al hombre encargado de vender el armamento... Robert Turner.

Erny se enderezó y sus facciones se endurecieron.

—¡A ese sucio «mercader de muerte»! —exclamó.

Mansur le miró sin comprender. El teniente añadió:

—Aunque ese título infamante no debería serle aplicado solamente a él por vender armas al mejor postor, sino a todos ustedes por financiarlas, aunque eso les tiene sin cuidado, naturalmente...

El hombrecillo se encogió despectivamente de hombros. Yo comenté con sarcasmo:

—Los ríos de sangre que provoquen con sus manejos deberán antojárseles arroyuelos de cantarinas aguas cuando cuenten los beneficios obtenidos, ¿no te parece, Erny?

—¿Qué diablos están investigando ustedes, un asesinato o nuestros negocios?

—Un asesinato, pero el criminal está relacionado precisamente con ese negocio, así que quiero saber hasta sus menores detalles. ¿Qué parte le correspondía en los dividendos a Alphonse Vaughan?

—Él fue quien primero nos habló de este asunto... Le reservábamos un quince por ciento.

—¿De los quince millones?

—No, ¿es que resulta tan difícil de comprender? De los beneficios que obtuviésemos de las concesiones.

Erny me miró fugazmente, con las mandíbulas furiosamente encajadas.

—¿Qué clase de concesiones? —masculló.

—El cobre, naturalmente. Eso y la fruta es lo único valioso que puede sacarse del país. En los contratos consta que todas las explotaciones de cobre serán controladas por nuestra corporación, de la cual entrará a formar parte el nuevo Gobierno que se forme después del levantamiento como un miembro más.

—Ya veo... Por quince millones adquieren ustedes el derecho a despojar a todo un pueblo de sus riquezas... Muy ingenioso, señor Mansur.

—¿De qué está hablando? Debería satisfacerle que esas riquezas vinieran a parar precisamente a nuestra país.

—No creo que vengan a «nuestro país» precisamente, sino a sus arcas

particulares. Las de usted y sus asociados. Pero estamos desviándonos del asunto. ¿Cuándo hará entrega de las armas ese «traficante de muertes», Robert Turner?

—Dentro de cinco o seis días. Hay dos buques cargados al pairo, frente a nuestras costas. Solo esperan la orden de reanudar la marcha. Después seguirá otro barco para completar el total de la entrega.

—¿De dónde ha sacado Turner esas armas? Ya sé que tiene almacenes abarrotados en distintas partes del mundo, incluyendo Estados Unidos, pero quiero saber la procedencia de esas precisamente.

—Eso deberá preguntárselo a Turner, teniente —objetó el financiero con cierto tono burlón.

—Ya sé que no va a ser posible. Jamás se le encuentra donde uno cree que está... He seguido de cerca la carrera criminal de Robert Turner... pero los suyos son una clase de crímenes que la policía no puede perseguir. Volviendo al crimen, ¿cuándo vio usted por última vez al señor Vaughan vivo?

—Durante la firma de los contratos. Después nos separamos y ya no he vuelto a verlo.

—¿Y al coronel León Gáñez?

—Lo mismo.

—¿Seguro, señor Mansur?

—Completamente. ¿Es que sospecha del coronel acaso? —balbuceó, temblando de ansiedad.

—Me gustaría decirle que sí, solo para ver cómo se esfumaban sus esperanzas de desplumar ese país, pero el coronel no me parece el asesino... A menos que se haya valido de sus propios hombres para cometer el crimen.

—¿Sus hombres? El coronel no trajo a nadie consigo. Estaba solo aquí, de riguroso incógnito. Sus enemigos políticos hubieran dado una fortuna para echarle la vista encima.

—¿Dónde está ahora?

—Lo ignoro. Le doy mi palabra de que solo Vaughan sabía su domicilio y la manera de ponerse en contacto con él. Todos convinimos que eso era lo más seguro para que no fuera descubierto por los agentes del consulado.

Intervine una vez más con voz suave.

—Un momento, señor Mansur —dije—. Quizá no esté usted enterado, pero había algunos hombres armados encargados de proteger al coronel...

—Absolutamente falso —me espetó.

—¿Cómo puede estar usted tan seguro?

—No olvide que yo presido la corporación, joven. Excepto el domicilio del coronel, no hay nada que le concierna que yo ignore. Comprenderá que no estábamos dispuestos a arriesgar esa fortuna sin ciertas garantías—. El coronel Gáñez es un hombre recto y valeroso, completamente impuesto de su misión y...

—No necesito que me haga su apología —le atajé—. Repito que había pistoleros encargados de impedir que nadie pudiera acercarse al glorioso coronel... A mí, oiga lo bien, *a mí me* amenazaron de muerte si proseguía su búsqueda. Llegaron hasta colocar una bomba en mi auto... ¿y todavía dice usted que no se trajo sus esbirros personales?

Estupefacto, se quedó sin habla durante unos segundos. Luego masculló:

—Debe de existir algún error... Insisto en que León Gáñez estaba solo aquí.

—Utilizaban un *coupé* azul —machaqué—. Ese mismo coche fue el que se llevó al criminal después de asesinar al señor Vaughan, ¿comprende? Por unas pulgadas no se estrelló contra el mío cuando escapaba de la escena del asesinato.

Siguió moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Incluso aceptando eso como cierto, esos hombres no estaban a las órdenes del coronel. Sé perfectamente lo que me digo, señores.

Russell se enderezó con cara oscurecida por el disgusto.

—Volveré a interrogarle cuando disponga de más elementos de juicio —dijo entre dientes—. Entre tanto, no abandone la ciudad, ni usted ni ninguno de sus asociados en este negocio. Todos ustedes, para la policía, son sospechosos y serán tratados como tales si me dan el más pequeño motivo.

Eso fue demasiado, incluso para el impresionado judío. Se levantó con forzada dignidad y advirtió:

—Olvida usted con la clase de personas que trata, teniente. Guarde esos modales para los rateros que...

—Cualquier ratero es más digno de mi respeto que usted, señor. Y no intente pasarse de listo o le echaré encima a todo el Departamento del Tesoro. Escamotear los impuestos de quince millones de dólares no es ninguna bagatela, digo yo.

Lo dejamos temblando de angustia y abandonamos el lujoso despacho con peor humor que a nuestra llegada.

CAPÍTULO X

—¿Qué piensas hacer ahora? —gruñó Jack, repantigado en la butaca de los clientes—. Lo más seguro es que el coronel esté ya de regreso a su país clandestinamente para organizar la recepción de esas armas.

—Tal vez, pero hay algo muy extraño en todo este lío, Jack. Nada parece haberse desarrollado de manera lógica... Incluso me inclino a creer que los pistoleros que me vigilaban no tenían nada que ver con el coronel.

—¿Y la bomba, compañero, la has olvidado?

—No, pero fue encargada por pistoleros de John Bacon. Voy a averiguar qué papel ha desempeñado un cabecilla del hampa en el planeamiento de una revolución. ¿No te parece que los pistoleros que seguían mis huellas eran los de Bacon?

—Bueno, planteadas así las cosas... No obstante, ¿qué interés podía tener él en que no encontrases al coronel?

—Eso queda por aclarar. Además, hay otro compatriota del coronel que todavía no ha dado la cara; el fulano que me habló dos veces por teléfono. Nunca olvidaré su risa de chacal... Y su acento era inconfundible.

—Te dejo en el problema para tu brillante cerebro. ¿Qué esperas que haga yo ahora?

—Quiero que reúnas todos los datos que te sea posible sobre los miembros de ese consorcio financiero, empezando por David Mansur. Todo, ¿comprendes? Privado, confidencial y financiero. Quiero sus biografías sobre mi mesa en menos de veinticuatro horas.

—No eres nadie pidiendo cosas tú también —quejóse.

Pero se levantó, dispuesto a emprender la tarea. Antes de que saliera dije:

—Y no te olvides del «traficante de muerte», Robert Turner. Ese debe encabezar tu lista.

—*Okey,* pero todo eso va a costarte buen dinero, George. ¿Quién esperas que abone la cuenta de gastos?

—No lo sé todavía.

—Estás loco, muchacho —sentenció, cerrando la puerta a sus espaldas.

Esperé unos minutos antes de hacerlo yo, y entonces tomé el camino de la residencia de los Vaughan. Ardía en deseos de ver nuevamente a Elsie. En el fondo de mi mismo bullía el ansia de besarla de nuevo y, quizá,

conseguir que ella correspondiera al beso. Si sucedía así tal vez pudiera decirle lo que apenas si me atrevía a confesarme mentalmente.

Me franqueó la puerta una enfermera colocada allí por el doctor. Era una mujer robusta y de aspecto eficiente.

—Me llamo Grant —dije—. George Grant. Deseo ver a Elsie, si es posible.

—El doctor me ha hablado de usted —sonrió—. Pero la señorita duerme ahora. Un sueño natural y profundo...

—Oh, bueno, no quiero despertarla, naturalmente. Volveré más tarde.

—Si ella está despierta, señor Grant, tengo instrucciones del doctor de dejarle pasar a cualquier hora.

—Muy amable por su parte, gracias.

Regresé al coche, con una extraña euforia dentro de mí. Conduje rumbo a una dirección que rebullía en mi memoria desde que me la facilitaron. Ya era hora de que tuviera una entrevista con el hermanito del dictador, el «repelente» Hector como lo había calificado mi amigo reportero.

La propiedad que habitaba el condecorado general en sus estancias en Hollywood causaba dolor de cabeza al primer vistazo. Después, si uno seguía mirándola, le provocaba náuseas, de manera que aparté la atención del sorprendente espectáculo de incomprensible arquitectura y pulsé el llamador del timbre incrustado en un pilar de la verja de hierro, rematada por afiladas puntas de lanza.

No tardó en aparecer un individuo corpulento, de rostro duro e inquietante, cuya manera de andar era una clara advertencia a mantener las distancias.

—¿Qué busca? —preguntó con tono grosero.

—Tengo un par de asuntos para tratar con el señor Ruis Dolera. Dígale que me llamo Grant.

—No recibimos desconocidos.

Giró sobre los talones, dispuesto a dejarme plantado.

—Lástima —dije—. Me veré obligado a facilitar mi información referente al coronel Gáñez a los periódicos...

Se detuvo en seco y giró después como una peonza, acercándose de nuevo con una mirada asesina en sus ojos porcinos. Al hablar, su acento casi le trabó las palabras.

—Usted habla demasiado —dijo—, pero no dice nada.

—Lo que tengo que decir se lo comunicaré a Hector, no a un criado.

Enrojeció. Calificarlo de criado cuando estaba seguro de la importancia de su cometido de guardaespaldas y matón profesional era un insulto

demasiado fuerte incluso para su gruesa epidermis.

—Alguien deberá enseñarle modales alguna vez, *señor*.

Puso tal acento en la palabra «señor» que sonó como un insulto soez.

Pero manipuló en la cerradura y me franqueó la entrada. Esperó a que estuviera dentro para dedicarme una sonrisa de triunfo.

—Repítalo todo ahora, bocazas.

—¿A un criado?

Saltó con todo su empuje. Si llega a pillarme desprevenido me hubiera aplastado.

Pero esquivé fácilmente su acometida. Cuando pasó por mí lado como un bólido le disparé un puntapié a la pierna y la punta de mi zapato hizo impacto en su tibia. Trastabilló y no pudo contener un grito de dolor.

Antes que recobrase el equilibrio le hundí el tacón del zapato en el empeine del pie cargado además con todo mi peso y el impulso adicional... y el fulano se olvidó de que era un matón a sueldo y de que había destrozado las cámaras de los fotógrafos de prensa arrojándolos de cabeza al asfalto. Todo su interés se centró en saltar sobre la pierna sana, mientras intentaba acariciarse los dos lugares tan brutalmente castigados.

Entonces lancé mi puño derecho con mis mejores deseos. Se le hundió en el plexo solar y eso fue excesivo incluso para un mastodonte como él. Creo que empezó a verlo todo rojo, o negro, o vaya usted a saber qué le pareció el mundo desde su universo de dolor.

Pensé que había que aliviarle los sufrimientos, así que tomé un corto impulso y le disparé un izquierdazo que llevaba tras de sí el impulso del hombro y de todo el cuerpo. El golpe le hizo girar la cabeza hasta casi descoyuntarle el cuello, lo derribó y cesó de gemir y de lamentarse.

Respiré hondo y me soplé los doloridos nudillos. El fulano tenía una cara tan dura como el cemento a juzgar por cómo me había repercutido el golpe a lo largo del brazo.

Finalmente, me incliné sobre él y le registré sin prisas, aligerándole del peso de una automática plateada y cubierta de arabescos primorosamente grabados. Comprobé que no llevaba otra arma encima y lo dejé allí, tumbado y respirando con dificultad.

La entrada a la casa estaba abierta, de manera que me colé al interior preguntándome qué aspecto tendría el pródigo Hector.

Lo supe cuando crucé un arco gigantesco que daba paso a un bar mejor provisto que la mayoría de los que hacían su negocio en la ciudad.

Quedé estupefacto.

Era una especie de alfeñique anémico tan insignificante que inspiraba

lástima al primer vistazo. Comencé a comprender que para obtener ciertos favores se viera obligado a regalar *Jaguars* de doce mil dólares a las damas.

Su pelo era lacio y le caía a los lados de la cara exageradamente largo, tan impregnado de brillantina que despedía destellos igual que un bruñido cristal. Lucía una barbilla hundida y débil sobre la cual unos labios gordezuelos y sensuales daban náuseas.

Iba enfundado en un ajustado pantalón negro que delineaba la forma de sus piernas, y alguien debía de haberse querido burlar de él convenciéndole de que la última palabra de la moda más o menos masculina consistía en una especie de blusa holgada, de seda amarilla, adornada con dos hileras de botones negros.

Estaba encaramado a un taburete. Frente a él, sobre el mostrador, se alineaban cinco vasos de color distinto, todos conteniendo alguna remota clase de licor. Les miraba como si no pudiera decidirse por cuál empezar.

Fumaba en una larga boquilla de marfil y oro semejante a la batuta de un músico. Entre unas cosas y otras, tardé más de un minuto en convencerme de que realmente existía semejante visión, en lugar de ser víctima de una pesadilla.

Al reaccionar, tardíamente, me encontré examinado displicentemente por aquel espécimen exótico. Sus ojos parecían sucios y velados igual que los de una serpiente.

—¿Tengo el gusto de conocerlo a usted, mi amigo? —me espetó con una voz arrastrada, tan perezosa como toda su apariencia.

—Me temo que no —dije, acercándome al mostrador—. ¿Qué clase de juego es ese?

Señalé los vasos de colores y él se rio. Fue una risa singular que comunicó escalofríos por todos mis nervios y estuvo en un tris de echarlo todo a perder demasiado pronto.

Aquella era la risa que había escuchado por teléfono. Cuando pasó la primera impresión me consideré satisfecho por estar en el preciso lugar que había deseado.

—Cada vaso contiene una mezcla distinta —explicó con orgullo—. Lo divertido está en adivinar cuál es la mejor y bebérsela.

—¡No me diga! ¿Y cómo sabe cuál es la mejor?

—¡Bebiéndomelos todos! —rompió a reír otra vez. Apenas si pude contener mis impulsos de aplastarle su repugnante cara, pero finalmente pensé que estaba ante todo un general condecorado con cien medallas y aplacé las decisiones para más tarde.

—Muy ingenioso —comenté—. Es un juego divertido efectivamente...

—Oiga, mi amigo. ¿Dónde está Valero? Debe de haberlo encontrado al entrar.

—¿Se refiere al lacayo que me ha abierto la puerta?

—¿Lacayo?

Se vio asaltado por un ataque de histeria que repercutió por los rincones de la gran estancia como una marea en «crescendo». Tardó lo suyo en aplacarse, y entonces balbuceó dominando a duras penas su hilaridad:

—¡Espere que Valero oiga eso! Se pondrá verde...

—Ya lo ha oído.

—¿Cómo?

Nos miramos un buen rato. Poco a poco, toda expresión divertida huyó de su macilento rostro.

—¿Dónde está Valero? —repitió.

—En el jardín. Creo que se encontraba indispuesto y ha preferido tomar un poco el aire.

—¿Qué...?

Bajó del taburete y hube de inclinar la cabeza para seguir mirándole a la cara.

—Voy a ver —mascullo.

—Hay tiempo, Hector.

—¿Cómo?

—Le digo que hay tiempo sobrado para interesarse por Valero. Antes tenemos algo que hablar usted y yo.

—Cuando regrese Valero le ordenaré que le enseñe modales —silbó rabiosamente—. Está usted hablando con Hector Ruis Dolera, general del Arma Aérea, caballero del Cóndor de Oro, caballero de...

—¡Pare!

Quedóse con la boca abierta. Más que nunca sentí un cosquilleo en los nudillos ante aquella invitación a cerrársela de un puñetazo... pero me contuve todavía.

—¡Cómo se atreve...!

—Me llamo George Grant, Hectorcito.

—¿Y qué me im...? —su voz se ahogó en una espacie de gorgoteo de pánico. Mi nombre penetró hasta lo más recóndito de su cerebro y le obligó a callar.

—Por teléfono estabas más elocuente —proseguí, tuteándolo ofensivamente—. Incluso llegaste a amenazarme de muerte y ordenaste a tus pistoleros que colocasen una bomba en mi coche. Perfecta técnica de

gangster, que redondeaste valiéndote de los asesinos de John Bacon para esos trabajos. Un digno remate para el hermano de un dictador. Naturalmente, debe ser la costumbre de valerse de asesinos para escalar posiciones...

—¡Cállese! —aulló, con los ojos desorbitados.

—Y un cuerno, Hector. Por teléfono te escuché yo. Ahora te toca a ti...

—¡Está usted loco! Deberían encerrarlo... Yo solo le amenacé, para amedrentarlo y hacerle desistir de sus pesquisas... no hice nada más. No sé nada de ninguna bomba, ni de los pistoleros...

—Además, Hector, eres un embustero detestable. No sirves ni para mentir...

—¡Condenación! Estoy diciéndole la verdad...

Y lo curioso del asunto era que casi me convencía. Su acento era desesperadamente sincero. Además, estaba dominado por el pánico, lo cual le impedía coordinar satisfactoriamente...

—Creo que alguien debería enseñarte modales, Hectorcito —dije, remedando su tono—, y ese alguien voy a ser yo. Me hiciste pasar un rato infernal por teléfono...

—¡No se atreva a tocarme! ¿Ignora que mi hermano es el presidente de mi nación? Le pediré que presente una protesta diplomática al más alto nivel por este atropello...

Fue retrocediendo mientras hablaba. Era un espectáculo repugnante y divertido a un tiempo.

Se escurrió a lo largo del mostrador sin perderme de vista.

No me moví hasta que él llego al final.

—No corras, Hector —dije con burla—. Un general y caballero de esto y aquello debe dar la cara...

Se removió como una serpiente, girando sobre sí mismo. Cuando volvió a darme la cara esgrimía una especie de látigo de cuero trenzado rematado por una fea bola metálica.

—Puerco —me espetó—. Sucio entrometido... te arrancaré la piel... toda la piel... con esto en la mano soy tan fuerte como tú... y sé cómo manejarlo... puerco, hijo de perra...

Dudé entre retroceder o pegarle un tiro. El látigo tenía un endiablado aspecto y se adaptaba a su mano como si hubiera nacido allí por generación espontánea.

Entonces demostró que, realmente, sabía cómo utilizarlo.

La tira de cuero restalló en el aire y algo semejante a un cuchillo rajó la piel de mi espalda. Inmediatamente, la bola metálica se incrustó entre mis

costillas cuando el látigo cesó de enroscarse como una serpiente...

Aullé salvajemente, saltando como loco para escapar a semejante castigo. Mi mente se ofuscó momentáneamente ante el inusitado y lacerante dolor, desconocido por mí hasta entonces...

Escuché el estampido del látigo en el aire y de nuevo cayó sobre mí, cortándome la ropa y la piel con tanta limpieza como lo haría una navaja de afeitar, solo que con un dolor terrible...

Y la bola metálica pegó, y el látigo silbó otra vez, y la bola... y el látigo... otra vez, y otra...

Mis propios aullidos me asustaron. Un velo rojo habíase extendido ante mis ojos. Jamás en toda mi vida había experimentado un arrebato semejante...

Me encontré rodando por el suelo, huyendo del silbante látigo, mientras el sádico energúmeno me perseguía barbotando obscenidades, babeando, saltando de placer...

—¡No te dejaré ni un centímetro de piel! —gritó—.

Querías encontrar a Gáñez antes de tiempo... ¡Y ya lo has encontrado... lo llevas tú... tú, puerco!

Sentía la sangre correrme por la espalda entre dolores de agonía. Y el muy loco no supo detenerse a tiempo y el látigo cayó una vez más sobre mí, y yo salté en pie impulsado por todas las furias del infierno.

Antes que la tira de cuero pudiera desprenderse de mi desgarrada piel la agarré salvajemente y di un tirón con todas mis fuerzas.

Los pies del alfeñique perdieron contacto con el suelo y voló materialmente a mí encuentro. Lo recibí con un rodillazo que le hizo rebotar, gritando tanto como yo había gritado, y me encontré con la serpenteante tira de cuero entre las manos.

La empuñé, ciego de furor, completamente loco de ira, de dolor y humillación... y lo blandí sobre Hector impulsándolo con toda la fuerza de mi brazo.

Entonces le tocó a él lanzar los alaridos de muerte más feroces que pueden surgir de una garganta humana. Rodó por el suelo, chilló y suplicó mientras el látigo caía una y otra vez sobre él, desgarrándolo, mutilándolo, borrando su apariencia de hombre para convertirle en una sucia piltrafa...

Cuando el brazo me cayó a lo largo del cuerpo, exhausto, Hector quedó hecho un ovillo en el suelo, ensuciándolo con su sangre. La chillona blusita amarilla había desaparecido por completo, o tal vez la llevaba incrustada en la carne. También parte de los ajustados pantalones no estaban a la vista, y entre unas cosas y otras resultaba repugnante contemplarlo.

Arrojé el látigo al suelo, sobre él, y salí lentamente del bar, tambaleándome como un borracho.

Casi tropecé con Valero que entraba, sostenido apenas por sus piernas.

—Ahí dentro —jadeé—, tu amo espera...

Se apoyó en el montante de la puerta, a punto de caer. Pasé por su lado y ni siquiera intentó cerrarme la salida.

Entonces descubrió lo que quedaba de su protegido. Todavía escuché su rugido de furor desde el jardín, pero me desentendí de ellos sintiéndome poco menos que al borde de la sepultura.

No me consideré más o menos a salvo hasta que me encontré sentado en mi coche, alejándome de aquel lugar de pesadilla...

CAPÍTULO XI

El médico acabó de manipular en mi tórax ante la mirada furibunda del teniente Russell. Me rodeó de vendajes dejándome convertido en una especie de momia de medio cuerpo para arriba, con lo cual dio por terminada su intervención.

—No debe quitarse los vendajes durante dos días —recomendó, recogiendo sus herramientas—. Pasado ese tiempo tendrá que someterse a una nueva cura. Le confieso que en toda mi larga carrera jamás había tenido oportunidad de curar nada semejante... ¡Qué salvajada...!

Pensé con satisfacción que el babeante Hector había llevado también su parte y eso me sirvió de consuelo.

Russell no despegó los labios hasta que el galeno hubo abandonado mi apartamento. Entonces gruñó:

—¿Puedo estar «absolutamente» seguro de que me has contado toda la verdad, George?

—¿Crees que sería capaz de mentirte en un asunto como este? De todas formas, mi espalda prueba de la veracidad de cuanto te he contado. Ese tipo está chiflado, Erny. Es un sádico. Debieras haber visto su cara mientras me azotaba...

—Está bien, vas a presentar una declaración formal de lo sucedido, solo para cubrirnos en caso de que presenten una acusación por vía diplomática. Después le ajustaremos las cuentas a ese sucio verdugo.

—Olvídate de eso. Ya le he dado su merecido antes de largarme de allí. Y en cuanto a una denuncia, no creo que se atrevan a remover el asunto. Tendrían que enfrentarse a una oleada de publicidad en la que se pondría al descubierto la verdad de lo sucedido. Diplomáticamente sería un desastre.

—¿Pretendes dejar las cosas como están?

—Ni por asomo. Pero pienso hacer las cosas a mí manera, Erny. Escúchame —añadí al ver su ademán de protesta—. Ese baboso ha dicho la verdad al referirse a que no sabía una palabra de esos pistoleros. Estaba demasiado asustado para pensar en mentir...

—¿Y qué con eso?

—Todo apunta a John Bacon y sus «torpedos». Él es la clave de este embrollo. ¿Se te ocurre alguna idea para echarle el guante por unas horas? Solo apartarlo de la circulación y llevarlo a un lugar donde yo pueda

entendérmelas con él...

—No sigas por ese camino. Sería tanto como jugarme el puesto. Se necesitan pruebas concretas para detener a un tipo como ese.

—Está bien, lo haré de otra manera... ¿Sabes, Erny? Creo que puedo formarme una idea bastante aproximada a la verdad, aunque hay un par de cosas que me desconciertan.

—¿Cuáles?

—En primer lugar, la intervención de Bacon. Es un cerdo sin escrúpulos, pero que solo se arriesga mediante un pago astronómico. Y luego la desaparición del coronel Gáñez... ¿por qué dijo Hector aquella frase...?

—¿Qué frase? No me has contado eso, George.

—No recuerdo exactamente qué fue... yo estaba debatiéndome en el mismísimo infierno bajo su látigo... pero gritó algo de que yo ya había encontrado al coronel. Incluso me parece que se rio bestialmente al decir que lo llevaba.

—Bueno, hemos convenido que ese individuo está loco. No hay que hacer mucho caso de lo que te dijera.

—Sin embargo... cuando me tumbaron en su propia casa no se molestaron en quitarme el arma del coronel, que yo le había arrebatado.

—Bueno, debieron salir de allí con muchas prisas.

—Nada de prisas. Se llevaron hasta la última de sus prendas personales. ¿No crees que Gáñez hubiera recordado su revólver?

—No veo a dónde quieres ir a parar.

—¡Maldita sea! —exclamé—. Ya lo tengo, Erny. Gáñez no salió por su pie de aquella casa, por eso no pudo recuperar su artillería... ¡Tiene que haber sido así!

—No forzosamente...

—Seguro —insistí—. Cuando llamé a la puerta tenía la seguridad de que él estaba solo en el *bungalow*. Solo Vaughan conocía sus señas, de manera que no debía de recibir visitas allí... Y seguramente, con la excitación de mi captura se olvidó de cerrar la puerta, con lo cual el atacante pudo entrar sin hacer ruido... ¡Claro, ahora lo veo! Habían cerrado el trato y...

—Un momento —me atajó—. Si damos eso por cierto, ¿dónde crees que está ahora el coronel Gáñez?

—Maldito si lo sé, pero de lo que sí estoy seguro es de que está muerto.

—Eso no pasa de ser una conjetura...

—Recuerda las extrañas palabras de Hector, y el hecho de que el

coronel no pudiera recuperar su revólver que estaba en mi poder. Lo que sigo sin comprender es qué quiso decir ese degenerado al afirmar que yo lo llevaba. O fue una broma o...

Callé de súbito y me quedé rígido, mirando fijamente al teniente. Durante unos segundos ninguno de los dos pronunció una palabra. Después dije con voz débil:

—Si tomamos esa frase en su sentido literal, Erny...

—Sí, muchacho, eso mismo estaba pensando. Un cadáver no puede llevarse en el bolsillo...

—¡Pero mi coche estaba cerca del *bungalow* de León Gáñez! —exclamé.

Erny se levantó de un brinco, dirigiéndose a la puerta. Le atajé antes que saliera.

—¡Espera! No puedo salir con este aspecto...

Me enfundé trabajosamente en una camisa y luego le seguí, andando igual que un viejo de cien años, con relámpagos dolorosos deslizándose por mí azotado cuerpo.

Cuando llegué a la calle, Erny ya estaba plantado junto a la trasera de mi convertible.

—Las llaves, George —exigió.

Se las entregué. Contemplé con el ánimo en suspenso sus maniobras hasta que logró abrir la tapa del departamento de equipajes...

—¡Dios santo! —gorgoteó, dando un paso atrás.

El coronel León Gáñez estaba allí dentro, hecho un ovillo, con la cara hundida entre las dobladas rodillas. Un fino alambre se había hundido tanto en su garganta que casi se la había cercenado.

El teniente dejó caer la tapa antes que cualquier curioso se diera cuenta del macabro contenido del portaequipaje y se volvió hacia mí.

—Ahora es cuando precisamente lo entiendo menos todavía —masculló.

—Por el contrario... eso aclara muchas cosas. Opino que deberías echarle el guante a Hector Ruis Dolera antes que pudiera refugiarse en el consulado. Él sabía que ese fiambre estaba en mi coche... y el que me atacó en casa del coronel fue un tipo solo. Y fuerte. El matón de Hector es muy fuerte, Erny.

—Bueno, lo único que me faltaba era un embrollo con asesinatos políticos. Voy a telefonear a la Brigada que vengan a llevarse tu coche de aquí.

Mientras esperaba al lado del auto llegó Jack. Por una vez, su rostro

expresaba satisfacción.

—Tengo tus «biografías» con todo detalle, muchacho —estalló, entusiasmado—. Te aseguro que hay detalles capaces de producir náuseas a un lobo de mar pescador de ballenas. ¡Qué gentuza, madre mía!

—Perfecto; sube al despacho y selecciona todo este material. Separa el que estés seguro que podrá probarse en caso necesario. Todo lo demás guárdalo también, pero por separado.

—Puede probarse casi todo... si alguien se atreve a hacerlo, naturalmente.

—Ese alguien soy yo.

—¿Qué te ocurre? Estás pálido, y encorvado...

—Si llevases un millón de latigazos en las costillas también tú andarías encorvado. Apresúrate.

—¿Latigazos?

—¡Date prisa, Jack!

Se largó. El teniente regresó con una expresión en su cara que yo conocía bien.

—Utilizaremos mi coche —rezongó—. Solo tenemos que esperar a que lleguen mis muchachos.

—¿Adónde vamos?

—Veremos a John Bacon. Hay que terminar con esto de una vez.

Estaba resuelto, de manera que no traté de disuadirle, a pesar de conocer perfectamente el riesgo que se disponía a correr.

—Tengo que hacer una llamada —dije—. No tardo ni un minuto.

Entré en el edificio y me encerré en la cabina telefónica, desde donde llamé al teléfono que me había dado Raul Gallardo, mi cliente.

Su voz educada respondió después del segundo timbrazo.

—Le habla Grant —anuncié—. He encontrado a León Gáñez.

—¡Magnífico! Dígame dónde está y mañana recibirá usted otros mil dólares, más el importe de su cuenta de gastos.

—No corra tanto —le espeté—. Antes quiero saber un par de cosas, *mi amigo...* Por ejemplo, ¿en calidad de qué está aquí Hector Ruis Dolera?

—¡Óigame...!

—Han sucedido muchas cosas desde que estuvo usted a verme. Ha habido asesinatos, sesiones de azotes como en la Edad Media...

—¡Hector! —bramó sin poderse contener.

—Ajá, veo que conoce las debilidades del joven y condecorado general.

—¡Ese...! Óigame, señor Grant. Vamos a entrevistarnos usted y yo. Es preciso que hablemos. Ciertas cosas no deben llegar al dominio público,

¿usted comprende? Naturalmente, la discreción tiene un alto precio, ¿no? Vaya calculándolo entre tanto y...

—No tengo tiempo de reunirme con usted ahora, señor Gallardo. Pero antes de colgar voy a decirle algo más que le interesará. Hay dos buques abarrotados de armas frente a las costas de California, al pairo, aguardando la orden de hacer entrega del cargamento en algún punto de su país. Un tercer barco está ya en ruta. ¿Comprende lo que eso significa?

—¡Es usted un lince, señor Grant! —gritó, entusiasmado—. ¿Por casualidad, no sabe también dónde piensan descargar?

—Mis conocimientos no llegan a tanto.

—No importa. Solo hay dos o tres lugares seguros donde puedan hacerlo con cierta impunidad. Telegrafiaré a mí Gobierno para que estén esperándolos. ¿Qué más tiene que decirme?

—León Gáñez no es el hombre que va a capitanear esa revolución, amigo.

—Temo que en eso esté equivocado. Veo que ha averiguado muchas más cosas de las que pude sospechar en un principio, pero estamos «totalmente» seguros que el coronel Gáñez es quien...

—No.

—¿Por qué está tan seguro?

—Porque está muerto. Sus propios asociados se han librado de él cuando ya no lo han necesitado.

—¡Esa sí que es una buena noticia, mi amigo! Mi Gobierno sabrá recompensarlo como se merece, señor Grant, y...

Una vez más le impedí seguir.

—Mire, su Gobierno puede irse al infierno con mis mejores deseos. Sé la clase de dictador que ocupa el poder, pero los que pretenden arrebatarle el puesto son peores que él, de manera que al diablo con todos ustedes. Mándame esos mil dólares y añada otros tantos por los gastos. Con eso me doy por satisfecho.

Rio con aquella seguridad de que hacía gala y replicó:

—Espero conseguir que le premien con algunos más por sus servicios, señor Grant. Siempre será bien recibido en mi país.

—Seguro.

Colgué, satisfecho. Por lo menos, los buitres que habían financiado aquella operación no ganarían un centavo, además de perder sus quince millones.

Erny estaba esperándome en su coche. El mío había desaparecido tan discretamente que nadie había podido advertir que ocurría algo anormal.

Me senté a su lado y él condujo temerariamente, rumbo al flamante edificio donde John Bacon enmascaraba sus actividades detrás de la pantalla de una compañía de transportes.

—Déjame manejar el asunto con Bacon —me advirtió—. Si puedo evitarlo no quiero armar jaleo con él. Está bien agarrado políticamente y no poseemos una sola prueba con que presionarle, pero creo que sé la manera de acorralarlo, aunque me repugna hacerlo así. No me gustan los tratos con asesinos.

—¿Tratos?

—Cierra el pico.

Callé, naturalmente.

El despacho de Bacon estaba en el último piso del rutilante edificio. Una de las paredes era una inmensa lámina de cristal curvado que daba sobre una terraza desde la que debía de dominarse una espléndida vista.

John Bacon era bajo y rechoncho, mofletudo. No era ni agradable ni desagradable. Daba la impresión de ser un tendero retirado que gozaba de buenas rentas.

—Siéntese, teniente —invitó con cordialidad—. Y usted también, Grant.

Enarqué las cejas.

—Veo que me conoce usted, Bacon —refunfuñé—. ¿Acaso sus hombres le han enseñado fotografías mías?

—Cállate, George —ordenó Erny. Y se encaró con el *gangster* amenazadoramente—. Deja que te diga un par de cosas, Bacon —le espetó sin rodeos—. Después podrás contarme todos los cuentos que se te ocurran. ¿Comprendido?

—¿Qué le pasa a usted, tiene algo contra mí? Le aseguro que...

—Tus hombres han estado siguiendo los pasos de Grant. Colocaron una bomba en su coche que no estalló por pura casualidad. Esa bomba está ahora en nuestros laboratorios. Han utilizado un *coupé* azul que se da la circunstancia que pertenece a Keys, uno de tus gorilas. Con ese coche fueron a casa de Vaughan y huyeron de allí después de asesinar a este. Podría relatarte algunos pormenores más, pero no creo que valga la pena. Lo único que añadiré es que todo esto ha sido financiado por alguien interesado en el planeamiento de una revolución en un país latino americano. ¿Está claro para tu dura mollera, Bacon?

El gordo no se inmutó. Solo dijo:

—Fantasías. Pruebas, teniente. ¿Las tiene?

—No.

—Ajá. Y sin tenerlas viene aquí a insultarme de semejante manera...

—Seguro —siguió Erny, imperturbable—. No tengo pruebas, excepto el coche. Pero voy a ocuparme personalmente de ti de ahora en adelante. Tengo tres o cuatro muchachos que darían la paga de un año por hundirte... y les voy a dar carta blanca. No vas a poder dar un paso sin tropezarte con nosotros. No moverás un solo dedo que yo no lo sepa. Ni uno de tus hombres estará en la calle dentro de un mes.

—¡No puede hacer nada de eso sin una justificación legal!

—No saques a relucir la legalidad, bastardo. Y escúchame que todavía no he terminado. Puedes reírte de la impunidad de tus asesinos en la muerte de Vaughan. Pero cuando, por mí mediación, aunque sin figurar mi nombre, comiencen a llegar ciertos informes al cuartel general del *Sindicato,* referentes a tu especial manera de manejar los negocios y los libros de contabilidad, creo que ya no tendrás deseos de reírte, Bacon.

A juzgar por su aspecto, más bien tenía ganas de llorar que de otra cosa.

—No le harán caso —se defendió todavía—. Lo desmentiré todo... Me creerán a mí.

—Tonterías. Te exigirán pruebas, Bacon. Comprobarán tus libros hasta la más pequeña anotación, y tú sabes lo que te espera cuando descubran tus enredos.

—No le creerán —repitió con voz ahogada.

Erny, irguiéndose, se echó a reír, desafiante.

—Creerán una confesión póstuma de tu ex contable: Jefferies. ¿Te acuerdas de él?

—¿Y qué con eso? Jeff murió en la cárcel hace siete meses.

—Seguro, Bacon. Pero yo estuve a su lado hasta que expiró, con la esperanza de hacerle confesar algo que me permitiese acabar contigo. No lo conseguí, pero redactó los pormenores de tus embrollos con la contabilidad. Guardé esa declaración porque a mí, legalmente, no me servía para nada ante un tribunal Pero los tribunales del *Sindicato* operan de distinta forma, bola de grasa, y tú lo sabes. Así que ahí te quedas. Ya asistiré a tus funerales dentro de unos días. Vámonos, George.

Estupefacto, giré dispuesto a seguirlo sin entender nada de su manera de proceder.

Pero no llegamos a la puerta. La voz estrangulada de Bacon nos detuvo casi plañideramente.

—Vuelvan aquí —pidió—. Podemos llegar a un acuerdo, teniente...

—¿Pretendes sobornarme ahora?

—No, pero para que usted haya venido aquí a soltarme todo esto debe

llevar algo en la manga... ¿Qué es lo que quiere?

—Información, Bacon.

Se hundió materialmente en su sillón hasta parecer que disminuía de tamaño.

—*Okey,* sé cuándo debo ceder. Dispare ya, y que el diablo le lleve.

Erny suspiró, satisfecho.

—Primero; ¿quién pagó tus servicios, o los de tus pistoleros?

—Robert Turner.

—¡Maldito sea, el «traficante de muerte»!

—Llámelo así si le gusta.

—¿Por qué te contrató, Bacon?

—No quería que Grant encontrase al coronel ese... Gáñez creo que se llama.

—¿Por qué?

—Eso no lo sé.

—¿Qué hay de la bomba?

—Fue idea de Turner también.

—¿Y la de matar al coronel Gáñez?

—¡Qué!

Su asombro resultó tan genuino que hasta el teniente le creyó.

—Está bien, olvídalo. No voy a poder cargarte todos los crímenes de la ciudad, naturalmente. Pero sí eres responsable de la muerte de Vaughan.

—Turner, también.

—Bueno, él ordenó matarlo, pero tú y tus muchachos lo ejecutasteis.

—No.

—Mientes, Bacon. Grant vio el *coupé* azul. Casi se estrelló contra él. Le pasó tan cerca que pudo ver perfectamente a sus ocupantes. Los reconocerá ante el jurado y a Grant no podrás asustarlo para que no declare.

—Si los vio podrá identificar también a Turner.

Erny quedóse con la boca abierta. Me miró después, con un salvaje brillo de triunfo en sus ojos, y runruneó, como un gato que acabase de zamparse al canario:

—Así que Robert Turner iba en el coche...

Bacon abatió la cabeza.

—Mis dos muchachos —dijo—, se limitaron a darle escolta.

De un salto, Erny hubo rodeado la mesa y su mano como una garra se cerró sobre las solapas del obeso *racketeer.*

—¿Pretendes decirme que fue Turner quien asesinó a Vaughan?

—Efectivamente...

—¿Estás dispuesto a jurarlo ante el tribunal, Bacon?

—No me gusta comparecer en los tribunales...

—Acuérdate del *Sindicato.*

—¡Eso es un sucio chantaje, maldito polizonte! Usted, que debe dar ejemplo...

—Lo estoy dando aunque tú no alcances a comprender. ¿Estás dispuesto a declarar, sí o no, Bacon?

—¿Me queda alguna otra salida acaso?

—Bien, déjame reflexionar un instante...

Sacó maquinalmente un cigarrillo y lo encendió, mientras el pistolero se hundía más y más en su derrota. El pánico que le inspiraban los ajustes de cuentas de la poderosa organización criminal iba a servir para hacer justicia. No dejaba de ser una jugarreta del destino, digna de registrarse en los anales del crimen.

—Bueno —decidió Erny de repente—. Tus dos muchachos que sirvieron de escolta saldrán con dos o tres años si yo no aprieto de firme en los cargos contra ellos. Tendrás que sacrificarlos, Bacon.

—Eso me costará un dineral...

—No esperes que me ponga a llorar por tus desdichas. Digo que tendrás que dejar que los encierren. Ellos serán los mejores testigos, y a cambio de su declaración la condena será corta. Llámalos ahora.

—¿Para qué?

—Vas a escribir una declaración detallada de tu pacto con Turner y la manera cómo este asesinó a Vaughan. Tus dos muchachos firmarán junto contigo en calidad de testigos para la corroboración.

—Pero haciéndolo así yo también me veré en aprietos, teniente.

—Puedes olvidar el intento de asesinato en la persona de Grant. Creo que él estará conforme, a cambio de acabar con un canalla «traficante de muerte». Vamos, apresúrate.

Pulsó un botón del intercomunicador y dio unas órdenes. Poco después, entraron dos matones que se quedaron un tanto cortados al reconocer al teniente.

Bacon les expuso la situación sin rodeos. No les gustó nada, pero las órdenes de su jefe fueron terminantes, aunque añadió:

—Seguiréis cobrando todo el tiempo, además de una prima por el encierro. Y el teniente ha prometido que si accedéis a ser testigos de la fiscalía en el asunto Vaughan, las condenas no rebasarán los dos años. ¿Conformes?

Se miraron entre ellos. Miraron a su patrón y al teniente con el ceño

fruncido. Uno de ellos masculló:

—¿Podemos confiar en la palabra de un polizonte, patrón?

Erny rio. Bacon dijo:

—Seguro, Tony...

—Adelante entonces. Serán unas vacaciones con prima, ¿eh?

Intentó reír su propio chiste, pero no obtuvo éxito.

Bacon escribió largo y tendido. Luego firmó y los otros hicieron lo mismo. Erny y yo firmamos como testigos y ni siquiera entonces podía creerlo...

—Esos dos pueden ir a por una maleta. Quiero que estén en mi oficina dentro de una hora. Me aguardarán allí hasta que yo llegue, sin hablar con nadie. ¿Entendido?

Asintieron, huraños. Erny miró a Bacon.

—Confío en ti —masculló—. Solo cuando todo esto haya terminado y Turner esté donde debe estar te regalaré esa declaración póstuma de tu contable, así que tú verás lo que haces.

—Lárguese de una vez. Su vista me produce escalofríos, teniente.

Riéndose, Russell me precedió a la salida. Hasta la calle no reaccioné.

—Jamás lo hubiese creído. ¿Por qué no has utilizado esa declaración del contable hasta ahora?

Se detuvo para encender un cigarrillo.

—Porque no hay tal declaración —dijo.

Y se metió en el coche.

CAPÍTULO XII

Me derrumbé en el sillón giratorio de mi despacho, ante la mirada curiosa de Jack.

—Cuéntame eso de los latigazos, George...

—Más tarde. ¿Tienes todo este material preparado?

—Seguro.

—Llama a Morley a la redacción de su periódico, ¿quieres? Cada movimiento me cuesta un sablazo de dolor.

—¿Morley?

Abrió unos ojos como platos al comprender lo que me proponía.

—¡No te atreverás a hacer eso, George! —exclamó.

—Llama a Morley y lo verás.

Lo llamó y me pasó el auricular. No le conté nada al reportero por teléfono, solo le dije que tenía el escándalo más explosivo del siglo entre las manos.

—¿Te interesa para tu periódico?

—¡Vaya pregunta idiota! Allá voy.

Vino en menos de quince minutos, pero tardé una hora en ponerle al corriente de todos los detalles del complot, de la financiación de la revuelta, del asesinato cometido por el «mercader de muerte» Robert Turner...

—Y ahí tienes el material para trazar las biografías de los interesados en verter un río de sangre a cambio de cuantiosos beneficios. Jack te ha preparado incluso las pruebas para que no puedan acusarte de libelo.

—¡Esto estallará como un trueno, muchacho! El mejor reportaje de mi vida... si no me cortan el cuello esos buitres. Espera que repase mis notas por si ha quedado algo fuera de mi control...

Me recosté en el asiento. Pensé en el bello país que me había acogido tan maravillosamente en mis vacaciones, en la cordial amabilidad de aquellas gentes, en sus bellas mujeres... Me sentí satisfecho de haber contribuido a evitar que muchas de aquellas personas perdieran la vida con el único objeto de llenar las arcas de unos potentados sin escrúpulos. En cuanto a su actual dictadura, qué diablos, ya se la sacudirían de encima cualquier día, quizá pacíficamente. Estaban acostumbrados a las algaradas, pero no a la guerra civil poderosamente apoyada desde el exterior...

—Un momento —exclamó el reportero—. Observo que no dices una

palabra del por qué fue asesinado el coronel Gáñez, ni quién lo mató... ¿o es que no lo sabes?

—No tengo pruebas, pero sé la verdad. ¿No lo comprendes? Los pistoleros de Bacon no intervinieron para nada en ese crimen. Tampoco Turner según los datos que poseo. Solo Hector Ruis Dolera sabía que el cadáver viajaba en el portaequipajes de mi coche.

—¡Cielos! Él lo mató.

—No. El alfeñique nunca habría podido tumbarme de un solo golpe. Debió de ser Valero, su asesino privado para llamarlo de alguna manera.

—Sigo sin ver por qué lo hizo.

—Turner de nuevo —dije.

—Está bien, acaba ya.

Descolgué el teléfono y le sonreí al entusiasmado reportero.

—Escucha bien lo que voy a decir por teléfono y sabrás los detalles.

Marqué una vez más el número de Raul Gallardo. Cuando contestó me identifiqué y él se echó a reír:

—No se impaciente, mi amigo —exclamó—. Recibirá el dinero mañana. Cinco mil.

—¿Qué?

—Cinco mil dólares. Obsequio del consulado por sus leales servicios.

—Bueno, voy a prestarles otro gratuitamente en este caso.

—¿Otro?

—Óigame, amigo; Valero, ese pistolero de Hector, fue quien asesinó a León Gáñez...

—Eso sería necesario demostrarlo, señor Grant. No puede acusar al hermano de nuestro Presidente y...

—Espere. Robert Turner, el traficante de armas, es quién está detrás de todo. El fingió apoyar al coronel con el único objeto de cobrar los quince millones de dólares a cambio de sus armas. Pero si Gáñez triunfaba y ocupaba el poder, todo el negocio de Turner se habría limitado a esos quince millones. En cambio, colocando al frente del Gobierno a alguien que él pudiera dominar sería prácticamente el dueño del país y de sus riquezas. ¿Comprende ahora?

—Empiezo a temer que sí...

—Hector Ruis Dolera fue el monigote elegido por Turner. Tan pronto tuvo en su poder los millones siguió adelante con el plan, solo para mantener engañados a los capitalistas. Pero Hector debía ocupar el puesto del coronel Gáñez tan pronto la operación estuviera en marcha, derrotando a su propio hermano guiado por la inteligencia de un criminal en gran

escala como Robert Turner. ¿Le molestaría mucho comprobar con Valero o Hector la veracidad de cuanto acabo de decirle?

Reinó un corto silencio. Después dijo con voz neutra:

—Voy a ocuparme de eso ahora mismo, señor Grant. Si es cierto, la justicia militar de mi país entrara en funciones de manera fulminante. Una vez más, gracias por su colaboración.

Sonó un chasquido. Apenas hube depositado el auricular en el aparato, Morley se levantó de un brinco y gritó algo como despedida. Luego se lanzó fuera del despacho con su explosivo reportaje completo.

Un reportaje que hundiría financieros, llevaría a un «traficante de muerte» a la cámara de gas a encontrarse con lo que hasta entonces había estado negociando...

Me levanté pesadamente.

—Quédate aquí por si sucede algo, Jack. Yo tengo que hacer algunas cosas todavía.

—Tú no estás en condiciones de hacer nada en ese estado. Pareces un viejo de ochenta años, maldita sea.

—Yo me siento mucho más viejo todavía, pero lo que debo hacer no puede ser hecho por nadie más. Por lo menos, eso creo.

—Oye...

—Hasta mañana... quizá.

—Espera...

Lo dejé protestando. Un taxi me llevó a la residencia de los Vaughan. Me pregunté el motivo por el cual Turner decidió asesinar al viejo... Habría que preguntárselo a él cuando la policía le echase el guante, aunque era fácil de adivinar. Seguramente, Vaughan debió sospechar las intenciones del criminal Turner, o quizá descubrió algún documento que lo delataba...

Al diablo con todo.

La enfermera me abrió la puerta y se hizo a un lado.

—Está despierta —dijo—. Y le espera... muy impaciente.

—Gracias.

Subí dificultosamente las escaleras. Elsie era joven y llena de vida. Olvidaría el terrible drama que había padecido.

Y yo la ayudaría a olvidarlo todo si ella me dejaba.

Tan pronto estuve a su lado comprendí que sí iba a dejarme. Sus labios me lo demostraron larga y apretadamente...

Después, con el tiempo, he sabido que conseguí hacerle olvidar la pesadilla endiablada que habíamos vivido...

A cambio, ella me ha proporcionado toda la felicidad del mundo.

Gracias, Elsie...

FIN


EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain